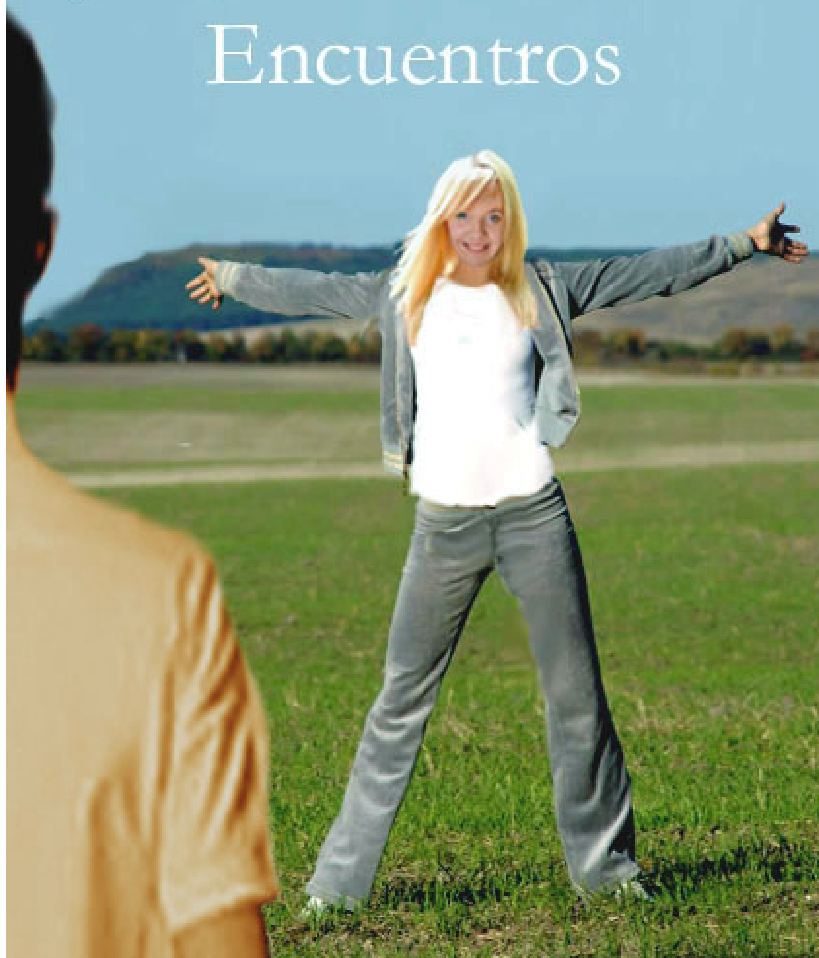

Juan Carlos Boveri
Encuentros

Un encuentro con Luz

La improvisación

—Luz se une al grupo —dijo el profesor.

Ella nos miró saludándonos con la mano.

Le respondimos el saludo. Estábamos sentados en el piso y en algunas sillas viejas.

Hacía dos meses habíamos empezado las clases de teatro y estábamos acostumbrados a que todas las semanas apareciera un alumno nuevo. Contando a Luz éramos quince.

El profesor habló aparte con ella.

Era delgada, de un metro sesenta, con una linda cara angulosa en la que resaltaban sus ojos oscuros. El pelo castaño le caía por debajo de los hombros.

Subió al escenario. Una tarima de tres por cuatro, de cuarenta centímetros de alto. Nos parecía un lujo para un sótano con olor a humedad y piso de cemento.

El profesor le había pedido que hiciera una improvisación. Era lo que todos habíamos hecho el primer día.

Luz se apretaba los dedos de una mano con la otra. Miraba hacia el suelo. Entreabría la boca como si fuera a decir algo y volvía a cerrarla. Se mordió los labios. Parecía completamente desconcertada. La vi tragar saliva. Estaba claro que no sabía qué hacer y se sentía asustada.

Con un hilo de voz, balbuceó:

—No sé... Siempre quise...

Se calló. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Haciendo un tremendo esfuerzo, con la voz estrangulada en la garganta, dijo:

—Tengo dieciséis años. Estando acá me doy cuenta que no puedo. No sé qué tengo que decir. No sé.

Apretaba con fuerza sus manos, que parecía tener completamente transpiradas.

Casi con desesperación, miró hacia una de las paredes, su cara estaba desencajada y daba la impresión que, en cualquier momento, estallaría en llanto.

De pronto, con los ojos muy abiertos, como si estuviera aterrada y a punto de gritar pidiendo ayuda, dijo:

—¿Tengo que hablar de mí?

Miró al profesor. Nadie le respondió. Sentí ganas de subir a la tarima y hacerla bajar. Pensé que era una ridiculez: el príncipe rescatando a la princesa encerrada en la torre.

Haciendo un esfuerzo enorme, de manera entrecortada, comenzó a hablar:

—Mi papá murió. Yo era muy chica. Todo lo que me acuerdo de él es de una tarde que me llevó a comprar caramelos al quiosco. Eso es de todo lo que me acuerdo. Mi papá llevándome de la mano por la vereda. La mano de mi papá tomando mi mano. Eso me acuerdo. Yo me sentía segura. Después, nunca me sentí así. Esa tarde, con mi papá. Y nunca más.

Agachó la cabeza. Casi susurrando, dijo:

—Mi mamá volvió a casarse. Yo tenía siete años. Jorge se llamaba el marido.

Se detuvo. Dio la impresión de que le era imposible seguir.

Balbuceó;

—Él... el marido... me tocaba.

Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

—Se metía en mi pieza. Me hacía cosas. Me dijo que no le contara a nadie. Me iba a castigar si contaba. Recién, a los doce años le dije a mi mamá.

Se calló. Con el dorso de la mano, se secó las lágrimas.

—¡Hijo de puta!—dijo Laura, sentada a mi lado.

Luz hizo un esfuerzo y pudo seguir hablando:

—Mi mamá no me creyó. Me pegó una cachetada. Me dijo que era una mentirosa. Yo no sabía qué hacer. Me escapé. Esa noche dormí en un tren. Dos noches dormí en un tren. No sabía dónde ir. Me quedé en el subte. Dormí en un banco del subte. Me despertó un policía. Me dijo qué hacía ahí. De qué villa era. No sabía qué decirle. Me dijo que yo era una putita y que me fuera a la villa. Que me las tomara de ahí. Así me dijo: andate de acá putita de mierda.

Soltó el llanto. Se contuvo. Respiró hondo.

—Él se bajó el cierre de la bragueta...

—¡Hijo de las mil putas! —gritó alguno de nosotros.

Luz se pasó la mano por la nariz.

—Iba por la calle. Yo tenía hambre. Pasé por un negocio. Había una señora sentada. Vendía lanas. No sabía qué hacer y le conté a ella. A Marta. Le conté todo. Yo lloraba. Ella me escuchó. Me hizo pasar a la casa. Estaba en la parte de atrás del negocio. La llamó a Angelina, la hija. Angelina tiene cinco años más que yo. Le dijo que me acompañara al baño, que me hiciera bañar y me diera ropa. Después, me sirvieron café con leche y medias lunas. Yo me comí todo. Tenía hambre. A la noche, me dejaron dormir en un colchón en el suelo, al lado de Angelina.

Luz se quedó en silencio. Haciendo un esfuerzo, dijo:

—Me quedé a vivir con ellos. Con Marta y Luis. Y con Angelina. Hicieron trámites, denuncias, fueron con el juez. Pero no dejaron que me llevaran a ninguna parte. Yo voy a la escuela nocturna y todas las noches mi hermana, yo le digo hermana a Angelina porque es como mi hermana, y José Luis, el novio, me van a buscar. El profesor dijo que viniera a esta clase de los sábados a la tarde, así podía venir. Yo quiero aprender.

Respiró hondo. Volvió a llorar. Pudo controlarse.

A mi lado, Laura tenía la cara empapada por el llanto. Todos estábamos conmovidos. La que estaba ahí era casi una nena.

—Mi mamá está afuera esperándome. Marta, mi mamá. Para mí es mi mamá. No me prohibió que viniera y hasta me dio la plata para pagar. Pero quería que yo fuera más grande. Yo quiero ser actriz. Como las de las películas. Veo todas las películas que dan en televisión. Quiero ser como Zully Moreno.

Su voz sonaba ahogada. Quiso decir algo y no pudo.

Estaba con la cabeza gacha, mirando el suelo, sus manos seguían retorciéndose y estaban enrojecidas por la presión de una sobre la otra.

—Pero, estando acá, me doy cuenta que no sirvo. Me da miedo. No sé qué decir ni cómo moverme. Perdónenme. Yo creí que sería una... Perdonen, por favor, perdónenme.

Lloraba desconsoladamente. Con la cabeza inclinada, dando unos pasitos muy cortos, como si no se atreviera a caminar, bajó de la tarima y fue hacia la puerta.

Dimos un salto. Laura fue la primera en llegar hasta ella. La abrazó.

—Quedate tranquila —le dijo Susana que, también corrió a su lado—. ¡Vamos!

Susana tenía los ojos llenos de lágrimas.

Luz seguía con la cabeza gacha.

Nunca en mi vida había visto a alguien tan desolado, tan digno de lástima.

La rodeamos. Tratamos de darle ánimo.

De pronto, levantó la cabeza.

En su cara había una enorme sonrisa.

Nos miró y dijo:

—El profesor me pidió que improvisara.

Nos quedamos en silencio. Parecíamos de piedra.

Alguien gritó:

—¡Hija de puta! ¡Sos una hija de puta!

—¡No te lo puedo creer! —dijo Laura.

—¡No podés ser tan mierda! —dijo Susana.

Luz seguía sonriendo.

El profesor comenzó a aplaudir.

La ovacionamos.

Volvió a subir a la tarima con la naturalidad con la que podría caminar por el living de su casa.

—Me llamo Luz. Tengo dieciocho. Estoy en primer año de Letras. Mi papá está vivo y se lleva muy bien con mi vieja. Mi hermana se llama Mariana, es dos años mayor a mí y mucho más buena que yo. Nadie me espera afuera. Y no quiero ser como Zully Moreno. Más bien como Audrey Hepburn.

Nos ofreció una sonrisa, y un saludo teatral inclinando la cabeza de manera muy estudiada.

Recibió otro aplauso. Lo merecía.

Así fue como conocí a Luz.

El bar

Una semana después la encontré en un bar de Corrientes. Estaba leyendo en una de las mesas junto a la pared.

—Hola —le dije.

Me miró como si hubiera interrumpido algo importante que estuviera haciendo. No dijo una palabra y volvió a leer, ignorándome por completo.

—Te conozco. Somos compañeros en la clase de teatro. El sábado hiciste de nena que se fue de la casa.

Interrumpió la lectura, con desgano, dijo:

—¿Ah, si?

Me sentí incómodo.

—Mejor te dejo seguir leyendo —dije y di unos pasos hacia otra mesa donde sentarme.

Ella giró la cabeza.

—¡Che, Juan! Vení, sentate.

Sonreía.

—¿Todo el tiempo sos así? —le dije.

Me senté frente a ella.

—¿Insinuás que no soy normal?

—No dije eso.

—Fue lo que quisiste decir. No me tomés de boluda. Me hartan los tipos como vos. Se creen superiores porque son hombres. A las mujeres nos usan como a trapos.

Inclinó la cabeza y se puso a leer.

¿Me iba o me quedaba?

Sin levantar la cabeza, dijo:

—Estás desconcertado, eh. No sabés si estoy loca o hablo en joda. ¿Qué pensás?

—Que estás loca.

—Te vas. ¿Quién te creés para agredirme? Te vas, ¿o llamo al mozo para que te saque a patadas en el culo?

—Llamalo.

Levantó un brazo.

—¡Señor!

Me quedé quieto.

El mozo se acercó.

—Este hombre me está molestando. Me ofreció plata y dice que soy una callejera. Échelo.

El mozo meneó la cabeza.

—¿Qué te traigo, Juan? —me preguntó.

—Cortado. Y otro para ella.

Luz se sonrió.

—Me cagaste. Venís siempre acá.

—Ajá.

—¿Por qué no avisás? Me hacés gastar recursos al pedo.

Me reí.

Ella me miraba con una sonrisa y abría y cerraba los ojos, pestañando muy rápido, como las seductoras del cine mudo.

—¿Qué leés?

—*La sonata a Kreutzer,* de Tólstoi.

—Para la facultad.

—Para mí. Siempre leo para mí. En la facultad no dictan literatura rusa. Borges nunca leyó a un escritor ruso. Parece que ignoran que lo mejor de la literatura rusa se escribió durante el imperio. Dostoievsky y Chéjov son tan imperialistas como Kipling o Chesterton, Goethe o Petronio. Cuando se den cuenta, a lo mejor los leen y pierden el miedo a infectarse.

El mozo dejó los cortados en la mesa. Me guiñó un ojo.

—Es un viejo puto. Te guiñó un ojo. ¿Vos sos puto?

—No. El mozo tampoco.

—No sé. Estudiás teatro y ya se sabe cómo es ese ambiente... ¿Estudiaste danza clásica en el Colón?

Solté una carcajada.

—Soy escritor. No me interesa ser actor. Escribí unas obras y quiero saber todo lo que pueda de actuación.

—Yo también escribo.

—¿Qué escribís?

—Poesía. O sea, lo que duele. ¿Cómo se puede escribir sin que la letra duela?

—No creo que le doliera a Alejandro Dumas.

—Hablo de poesía. A César Vallejo le duelen las palabras.

—La prosa también duele. El escritor está cargado de angustia. Siempre que haga un arte comprometido.

—Claro, un arte comprometido con su tiempo y la realidad.

—No. Un arte comprometido con él mismo. El artista que entra en el arte como quien se tira desde el trampolín más alto sin saber nadar está destinado a padecer el arte. No hay escape.

—¿Y el arte banal?

—El arte siempre es para una elite. No es posible el arte inteligente para el espectador común. Para él, el arte de masas, el arte superficial, el que se ve, se lee, se escucha sin tener que usar la inteligencia, sin emplear el pensamiento.

—¿Cómo se consigue que el arte de elites se transforme en arte de todos?

—No es posible.

—¿Por qué?

—Porque muy pocos hombres no son estúpidos.

Ella se rió. Su cara era muy bella. Sus ojos brillaban.

La manifestación

La manifestación avanzó hacia el Obelisco. Había una barrera de policías. Un carro hidrante arrojó agua y, enseguida, los polis lanzaron gases lacrimógenos. Hubo corridas. Los manifestantes se desbandaron por las calles laterales a Corrientes. Los polis los siguieron.

Corrí por Talcahuano. Vi a una chica de pelo largo delante de mí. Era muy veloz. Le sacó una buena ventaja a otros perseguidos por los canas. Antes de la Plaza Lavalle, cazaron a varios. Los tiraron al piso y los golpearon con los bastones.

Fui hacia la plaza. La chica estaba cerca. Giró la cabeza. Era Luz. La llamé. No me escuchó. Siguió corriendo. El tumulto estaba a unos cincuenta metros. De pronto, ella puso las manos en los bolsillos del gabán y comenzó a caminar como si estuviera mirando vidrieras por la calle Santa Fe.

En la esquina de Tucumán y Libertad, dos coches patrulleros cortaron las calles.

Luz fue hacia Talcahuano. Cuando ella dejó de correr, la imité. Al cruzar la calle, quedé a su lado. Imprevistamente, me tomó del brazo.

—Vos sos bastante boludo. ¿Cómo se te ocurre gritar mi nombre? —me dijo.

Tenía razón.

—Pará. Date vuelta y miremos a los canas —dijo—. Hacete el sota. Como si no tuviéramos nada que ver. No te digo que pongas cara de boludo porque ya la tenés.

Nos quedamos unos segundos en la mitad de la vereda mirando cómo arrastraban a los detenidos a un coche celular. Volvimos a caminar. Luz seguía tomada de mi brazo, como si fuera mi novia.

En la plaza, la policía iba atrás de unos cuantos militantes frente a Tribunales. Un coche patrullero avanzó a contramano y cortó el paso. Estábamos a diez metros. Caminamos muy despacio por Talcahuano, como si no hubiera razón para apurarnos. Unos polis aparecieron desde Viamonte. Estábamos rodeados.

Luz me tironeó del brazo. Mi espalda se apoyó en la pared.

Los policías venían en nuestra dirección.

—¡Sos un pelotudo de mierda! —gritó—. ¡Mirá adónde me traés! ¿Qué te dije? ¡No me jodas más!

Los polis estaban a menos de dos metros.

Ella siguió gritando. Me había soltado y me pegaba trompadas en el brazo.

—¡Si me meten en cana por culpa tuya, mi viejo te va a cagar a patadas!

Los polis la miraron. Uno de ellos sonrió. El otro dijo:

—Circulen, circulen.

Volvió a tomarme del brazo.

—Entrá—me dijo.

Vacilé.

—Entrá, boludo.

Era un hotel por horas.

El hotel

Fui al baño. Al salir, ella se había quitado el gabán y fumaba un LM sentada en una silla. Se levantó y, sin decir una palabra, se metió en el baño. No supe muy bien qué debía hacer mientras la esperaba. Dejé el saco colgado en el respaldo de la silla. Me senté en la cama y encendí un cigarrillo. No demoró en salir. Tenía la cara lavada.

Con una gomita se ató el pelo enrollándolo por encima de su cabeza. Se sentó en la cama. Usaba botas negras. Se las sacó tirándolas al piso sin importarle dónde cayeran. Tenía puesto un jean y un pulóver blanco.

—¿Estás en la JP? —le pregunté.

—No.

—¿Qué hacías en la manifestación?

—No estaba en la manifestación. La miraba pasar.

—¿Por qué corriste?

—¿Qué querés que hiciera? ¿Me paro delante de los chorros de agua, trago gas lacrimógeno, dejo que se me revienten los ojos hasta que me agarren los canas, me tiren de los pelos, me lleven a una comisaría y me toquen las tetas mientras me toman las huellas digitales? Dejá de hablar huevadas y pedime una sevenap.

Levanté el auricular del teléfono interno. También, pedí una cocacola. Luz tenía una pierna doblada y había puesto la otra encima, sobre la rodilla.

—No volviste a las clases —dije.

—No.

—¿Por?

—Ya aprendí todo lo que necesito saber. El mes que viene debutó en el Ift. Trabajo en *El deseo bajo los olmos*, de O´Neill.

—¿Hacés el papel de Abbie?

—No, de olmo.

—Otra vez. ¿No podés hablar en serio ni en un momento como este?

—¿Qué momento es este? A mí no me vas a tocar. ¿Qué te pensás?

—Ni se me ocurre.

—¿Te doy asco?

—No.

—Entonces, me querés tocar. Me jugué por vos. Te salvé de ir a la cárcel. Y, ahora, querés manosearme como a una de esas cualquiera con las que andás.

—No te voy a tocar y no ando con una cualquiera.

—Me contó tu amiga Laura.

—¿Qué te contó?

—Que andás con mujeres con cara de prostíbulo.

—Luz, sos incansable.

—Si me querés dejar, decimelo en la cara. No me hagas sufrir más. Estoy cansada de tus infidelidades.

Me puse las dos manos sobre la cara.

—¡Sos imbancable! —le dije.

—¿Ves? Ya no me soportás. ¿Quién es la otra? Seguro que es Laura. La calé enseguida. ¿Andás con esa putona?

Trajeron las bebidas. Las recibí. Me quedé parado, empecé a caminar por el cuarto.

—Decime cómo se llama la otra —dijo mientras llenaba el vaso de sevenap.

—Mirá, Luz. La única que me importa sos vos. Nunca te engañé. Te lo juro —lo mejor era seguirle el juego.

—Yo sí te metí los cuernos —dijo

Me sorprendí. Fue curioso que me sorprendiera.

—¿Con quién?

—Con Jaime.

—¿Quién es Jaime?

—El dueño del negocio de ropa que está en la esquina de mi casa. Es casado, con tres hijos. Tiene cincuenta años. La primera vez, me regaló una campera de jean. La segunda, una remera. Este Citizen me lo dio él. Es el productor de la obra.

—En la que hacés de olmo.

—Es un buen papel. Estoy mucho tiempo en escena.

—Así que andás con Jaime.

—¿De verdad pensaste que me acosté con ese viejo inmundo con los dientes amarillentos?

—Me lo acabás de decir.

—Ahora, sí que se terminó todo entre nosotros. Desconfías de mí. Si no hay confianza, no hay amor. No quiero volver a verte. Andate.

Apagué el cigarrillo, encendí otro. Me senté en una silla.

—Te dije que te fueras.

Agarré el saco, abrí la puerta, y salí.

Esperé unos segundos y golpeé la puerta.

Desde adentro, Luz preguntó:

—¿Quién es?

Las elecciones

Luz acomodó la almohada bajo la nuca y el vaso de sevenap sobre el estómago. Me saqué los mocasines y me acosté a su lado.

—Agarrá el vaso, se va a volcar.

—¿Querés decir que tengo la panza con ondulaciones?

—Tu panza es lisa. Pero se puede volcar el vaso.

—Te falta imaginación. ¿No te das cuenta que juego a que no se cae en los próximos cinco minutos?

—¿Y si se cae?

—Perdí.

Cerró los ojos, como si estuviera haciendo meditación.

Sin abrirlos, dijo:

—Vas a las manifestaciones nacionalistas y tomás cocacola, la bebida símbolo del imperialismo yanqui. Ustedes los peronistas son contradictorios. ¿Sabés cuándo se acaban los ideales nacionalistas de los militantes como ustedes?

—¿Cuándo?

—Al conseguir un puesto en una empresa multinacional.

Movió la mano, como si pidiera que no la molestara. Después de un rato, le pregunté:

—¿Qué elegís? ¿Ser ciega, paralítica o sordomuda?

—Ciega.

—¿Por qué?

—Me gusta escuchar música.

—No podés ver películas.

—Las escucho.

—¿Sabés inglés, italiano y francés?

—Por supuesto.

—No vas a entender las de Bergman o Kurosawa.

—Soy ciega. Tengo tiempo para aprender sueco y japonés.

—¿Cómo ves la Gioconda?

—Huelo la pintura, palpo la superficie.

—En el Louvre no permiten tocarla.

—Toco una copia.

—Es distinto.

—¿Qué me importa si no veo? Vos, ¿qué elegís?

—Sordomudo. Puedo leer los labios y hablar por señas.

—No escuchás la bocina del coche. Te pisa y quedás paralítico. El paragolpes golpeó tu cabeza y quedaste ciego. Mirá lo que te pasó por querer ser sordomudo. Terminaste siendo paralítico, ciego y sordomudo.

Me reí. Dije:

—El auto se descompone. Te detenés en la banquina. La ruta está desierta. Llueve. Ves una luz a lo lejos. Llegás a una casa enorme, antigua. Un sirviente viejo, con una joroba en la espalda, te abre la puerta. Esperás en una sala enorme que tiene un olor extraño.

—¿Qué olor?

—A cáscaras de bananas carbonizadas.

—Bueno.

—A tus espaldas, aparece el anfitrión. Con voz de ultratumba, dice: «Bienvenida». Te das vuelta. ¿A quién elegís? ¿A Drácula, el Hombre Lobo o Frankenstein?

—A Drácula.

—¿Por qué?

—Porque le tengo miedo a la muerte. Con él, sería eterna.

La inocente

Luz levantaba una pierna, la encogía, la estiraba y la dejaba caer sobre la cama. Luego, hacía lo mismo con la otra. Como si hiciera gimnasia.

—No preguntás el signo —dije.

—¿Qué signo?

—Astrológico. Las chicas siempre preguntan el signo.

—¿Para qué te voy a preguntar? Sos de Géminis.

—¿Cómo sabés?

—Son cosas que sé. Mi abuela era así. Es algo que heredé de ella. Ni mi mamá ni mis tías tienen esa especie de don.

—¿Y tu hermana?

—Mi hermana es retrasada mental.

—O sea que te llevás mal con tu hermana.

Miró hacia el techo.

—Es retrasada mental.

Vacilé. ¿Otra vez me hacía entrar en su juego?

Luz, sin dejar de mirar el techo, dijo:

—Mi hermana Mariana tiene veinte años, y seis de edad mental. Todas las noches, se duerme escuchando un cuento que le lee mi mamá o que le leo yo. Es muy linda. Más linda que yo. En la calle, los hombres la miran. Tiene cuerpo de mujer pero es una nenita.

Luz levantó las dos piernas juntas.

—No está bien que bromeé con estas cosas —dijo—. Mi hermana va a la facultad de abogacía. Está en tercero.

Me quedé callado un momento. Luego, dije:

—Mariana debe ser como un ángel.

Demoró en responder. Siguió con las piernas levantadas. Al fin, dijo:

—Sí, es un ángel.

El cumpleaños

—¿Sos militante?

—Sí.

—Por eso estabas en la manifestación.

—El 16 de junio del 55, mi viejo viajaba en trolebús y le cayó una bomba encima. Ese día, los opositores a Perón bombardearon Plaza de Mayo y asesinaron a más de trescientos civiles que caminaban a sus trabajos. Mi mamá tuvo que ir a la morgue para reconocer el cadáver. Estaba despedazado.

—Eso es un horror.

—Casi no me acuerdo de él. Era muy chico. Al otro día, cumplía seis años.

—No me jodas.

—Nací el 17 de junio de 1949. Mañana, cumplo veintitrés. Nunca lo festejo.

—Un mal día hoy, ¿no?
—Y sí.
Nos quedamos callados.
Miré a Luz.
Había cruzado un brazo sobre los ojos.
—¿Qué te pasa? —le pregunté.
—Nada —dijo.
Se levantó y fue al baño. Escuché que abría la canilla del lavatorio. Al salir, se había lavado la cara de nuevo. Sonrió.

Respuestas

Se había acostado a mi lado y fumaba soltando el humo hacia arriba. Lo seguía con la mirada hasta que se desvanecía por completo en el aire.
—Y vos, ¿a qué le tenés miedo? —preguntó.
—A convertirme en nada.
—Eso es miedo a la muerte —dijo.
—No le temo a la muerte sino a ser nada.
—Querés decir como ir al cielo o al infierno.
—Convertirme en nada. No trascender. Ya no estar en ninguna parte del universo. ¿Qué seré después? ¿Esto fue todo? ¿Unos pocos años de existencia y el final es la nada?
—¿Y Dios?
—¿Existe?
—Los que creen dicen que sí.
—¿Creés? —le pregunté.
—Rezo. No sé si creo.
—Si rezás, creés.
—Rezo. Me hace bien. No sé a quién le rezo. Me enseñaron a rezar. No me enseñaron la manera de creer en Dios. Debe ser algo que se siente espontáneamente.

—Se cree en Dios por debilidad. Como si pudiera dar lo que no tenemos. En realidad, nunca da nada —dije.

—A lo mejor, tira el pincel y cada uno decide pintar una pared, un cuadro o meterse el pincel en el culo.

Los senos

Luz se sacó las medias. Como hizo con las botas, las tiró sin importarle dónde cayeran. Se levantó el pulóver unos centímetros encima del ombligo.

—Afuera te cagás de frío y acá de calor —dijo.

—Por la calefacción.

—Ya sé. No soy un nabo. Tengo sed.

—¿Te tomaste toda la sevenup?

—¿La tenía que guardar para mañana?

—Tomá.

—La coca me hincha.

—Parecés un escarbadiente.

—¿Qué querés decir? ¿Qué soy toda chata?

—Que sos flaca.

—Con tetas.

—Sí.

—Tengo tetas elegantes.

—No sabía de las tetas elegantes.

—Hay tetas elegantes, como las de Audrey Hepburn. Tetas eróticas, como las de Brigitte Bardot. Tetas lujuriosas, como las de Sofía Loren.Tetas orgullosas, como las de Barbra Streissand. Tetas de superada, como las de Jane Fonda. Tetas conflictuadas, como las de Liv Ulman. Tetas angustiadas, las que se están viniendo abajo por la edad. Tetas ordinarias, grandes como sandías, que sudan con el calor y dan olor a cebo. Mis tetas tienen la elegancia de una dama que recita la «Serenata de Schubert» caminando por un

jardín en el que vuelan mariposas sobre los geranios, las caléndulas y las rosas.

—Gutiérrez Nájera era borracho y hemofílico. Se murió a los treinta y seis, desangrado en una operación. Todo el mundo debiera morirse a los treinta. Sentir que nunca nos tocará la muerte y morir de repente.

—Yo quiero llegar a ser muy viejita. Con muchos hijitos y nietitos. Es todo lo que pido. Me imagino rodeada de todos ellos en mi villa de la Costa Azul, tomando el té en la terraza desde la que veo el Mediterráneo. Una de mis mucamas, Manfreda, la mulata dominicana, me alcanza el teléfono color azafrán. Me llama Terence Mulligan, mi editor de Little, Brown and Company. Me dice que acaba de aparecer el tercer tomo de mi biografía y, solamente en Nueva York, en menos de tres horas, se vendieron ciento cincuenta mil ejemplares de tapa dura.

—Tuviste una vida muy intensa.

—Y sí.

El deseo

Sentí un impulso y la besé.

Sin decir una palabra, comencé a quitarle la ropa. Esperó sin moverse que me desvistiera. Me atraía cada parte de su cuerpo. Sus besos, sus caricias, la manera delicada en que se movía, los sonidos que susurraba, todo en ella tenía una potente carga de sensualidad y frescura. De algo completamente natural.

Buscó con su mano entre mis piernas.

—No sé qué me pasó —dije, mirando hacia el techo.

Ella respiró hondo y soltó el aire con fuerza. Hacía un par de minutos que se había dado por vencida.

—Yo sabía que eras puto.

—Te dije que no soy puto.

—Seguro que con el mozo se te para.

Se rió.

—No es nada —dijo—. Vas a tener revancha.

Empezó a vestirse.

—Con otra —agregó y volvió a reírse.

Terminé de vestirme. Me sentía demolido.

Se acercó a mí. Me abrazó.

—Vamos. Afuera ya debe estar todo tranquilo.

El taxi

Las calles estaban despejadas. Caminamos hasta Córdoba.

—¿Volvemos a vernos? —le pregunté.

—La otra semana me voy a Estados Unidos a estudiar cine en la Universidad de Columbia. Quiero ser documentalista. Me gustaría ser una especie de corresponsal de guerra. No me interesa la guerra de los soldados sino la guerra de la gente común. De los que sufren la guerra sin entrar en batalla.

—¿Cuánto tiempo vas a estar allá?

—No pienso volver. El hermano de mi papá tiene un restaurante en Nueva York. Mi papá va a trabajar con él. Mi papá es chef, y muy bueno.

No le creí. En un par de días, una semana o al mes siguiente, la encontraría en alguno de los bares de Corrientes o saliendo de la facultad de Letras.

Me dio un beso y subió al taxi.

Comencé a caminar hacia la parada de colectivos. Metí la mano en el bolsillo del saco buscando el atado de cigarrillos. Encontré un papel.

Luz se había dado maña para ponerlo ahí.

El papel decía: «Maricón».

El premio

Diez años después, estaba casado, con dos hijos, y una librería con la que ganaba bastante bien. Hacía años había dejado el teatro y, muy de vez en cuando, me sentaba en la máquina a escribir historias que siempre dejaba inconclusas. La guerra de Malvinas había terminado la semana anterior. Ese mediodía, fui a La Ópera a tomar un café.

Entraron dos hombres cargando cámaras. Con ellos, iba una chica. Tenía el pelo corto, un gorro de lana en la cabeza, y anteojos oscuros. Se la veía muy bella y segura de sí misma.

Se sentaron junto a una de las ventanas que dan a Callao.

Media hora después, llegó Martín. Era dueño de una librería ubicada cerca de la mía y era habitual que nos encontrásemos en los mediodías.

—Mirá quiénes está allá. Recién, estuvieron en la librería filmando a unos clientes. Están haciendo un documental sobre las Malvinas. Me compraron cinco libros. Te diría que por la atención de dejarlos trabajar.

—¿Quiénes son?

—Norteamericanos. Vienen de la guerra de Irak e Irán. Ella es la directora. Nació acá pero se nacionalizó. Ganó varios premios y estuvo nominada al Oscar. Eso me lo contó Robert, el camarógrafo. Ella es muy linda mina y muy piola.

—¿Me decís que es argentina?

—Sí. Me di cuenta porque pronuncia «cabayo» y «caye». La verdad, es una piba muy inteligente y macanuda. Estuvieron en la villa de Retiro y con los padres de los soldados. No le interesan las escenas de guerra sino lo que le pasa a la gente con la guerra. Ella me dijo algo muy interesante: si leemos un libro de historia o vemos un documental, siempre nos enteramos lo que pasó con los generales victoriosos y los derrotados, cómo fueron las

batallas y los móviles políticos de la guerra. Pero no tenemos ni la menor idea de cómo se sentía el pobre viejo muerto de hambre y miedo que escuchaba los cañonazos escondido en su casa durante la invasión alemana en Polonia.

—¿Cómo se llama?

—Audrey Light.

¿Esa chica era Luz?

La miré con atención. Se estaban por ir. Ella me daba la espalda. Usaba un jean, un sacón y borceguíes.

Se estaba riendo con sus compañeros. Ella giró. Se acomodó los anteojos. Con una sonrisa, saludó a Martín levantando el brazo. No esperó que le abrieran la puerta y la empujó ella.

El mozo se acercó a nuestra mesa. Dijo:

—Para usted, de parte de una señorita que se fue recién.

Era un papel enrollado y atado con una gomita.

Lo abrí. Decía:

«Maricón»

Un encuentro con Francina

El almuerzo

Estaba comiendo en la barra de un restaurante de la calle Corrientes. La chica se sentó a mi lado. No aparentaba más de veintidós años. Tenía el pelo corto y oscuro; una cara bonita y pálida, con labios rojizos y sensuales.

Señaló con el dedo. Quería la carta del menú. La abrió. La miró con rapidez y me dijo:

—Me olvidé los anteojos. Me leés las ensaladas que hay.

Se las leí.

—Me leés las tres primeras. Me olvidé de qué son.

Le leí todas otra vez.

El mozo del mostrador se acercó.

—Quiero una ensalada de chauchas, zanahorias y huevos.

—No hay chauchas —le respondió el mozo.

—¿Qué ensaladas hay?

El mozo le nombró todas las ensaladas.

Ella lo miró y dijo:

—Deme una milanesa con papas fritas.

Estuve a punto de reírme.

Busco en el bolso su teléfono celular. Volvió a guardarlo.

—¿Me prestás tu celu? Tengo que hacer una llamada.

Se lo di.

Habló con Malena. Le contó que Katia y Fran no seguirían trabajando juntos. Fran andaba con otra. Katia se enteró.

No dejó de hablar hasta que le trajeron la milanesa.

—Gracias — me dijo.

—De nada. ¿Tu teléfono se quedó sin batería?

—No. Me queda poca y no quiero gastarla.

—Dejaste el mío casi sin batería.

—En el quiosco de al lado te lo cargan.
—¿Por qué no cargaste el tuyo?
—Porque no tengo plata.
—¿Y con qué vas a pagar la comida?
Se metió un bocado en la boca. No contestó hasta terminar de tragarlo. Dijo:
—Voy a salir corriendo.

Las acrobacias

—Vos leés mucho, ¿no? —me preguntó.
—Sí. Bastante.
—Me doy cuenta porque leés hasta comiendo.
—Muchos leen mientras comen.
—Yo no. Cuando como, como. Hago una cosa por vez. Si hago dos, se me mezclan.
Sonreí.
—¿Te gusta leer?
—Revistas de chimentos. Libros no leí nunca.
—¿Tampoco los de la escuela?
—No fui a la escuela. Mejor dicho, sí fui. Pero no duraba mucho en ninguna. Unas semanas y tenía que ir a otra. Me tomaban un examen a fin de año y pasaba de grado.
—¿Por qué no fuiste a una escuela como la mayoría?
—Conocí a mucha gente que nunca fue. Son muy pobres.
—Eras pobre.
—Sigo pobre.
—Por eso no fuiste.
—No. Porque nunca estábamos en el mismo lugar.
—Tus viejos viajaban.
—Todo el tiempo.
—¿A qué se dedican?

—Son trapecistas. Yo también.

—¿De verdad trabajás en un circo?

—Nací en un circo. Pero no hago trapecio hasta que se vaya Fran o yo cambie de circo.

—¿Por qué?

—Me caí. Reboté en la red y me pegué la cabeza contra el suelo. Di una voltereta y media y el pelotudo de Fran no me atrapó. Dijo que me resbalé. Mentira. Le transpiraban las manos porque se puso poco polvo.

—¿Te lastimaste mucho?

—Un poco. Ya era tarada y con el golpe quedé más tarada. Pero tengo la cabeza dura como un coco. ¿Viste lo que cuesta romper un coco? Mi vieja nunca había comido coco. Quería probar porque, de chica, había visto las películas de Tarzán y comían cocos. No podía partirlo. Llegó mi viejo. Agarró el coco y lo puso abajo de la pata del elefante. Mi vieja no le habló en una semana. El coco quedó chato.

Me reí.

—¿Ellos trabajan con vos?

—No. Están de gira. Hace tres años que se fueron. ¿Te gusta el circo?

—Bastante. Fui cuando era chico.

—¿Cuándo fuiste por última vez al cine?

—El sábado pasado.

—En conclusión: el circo no te gusta. Yo soy Francina y vos, ¿quién vendrías a ser?

—Felipe.

—Como el amigo de Mafalda. Pero vos no sos dientudo.

—¿Te gusta leer Mafalda?

—No. Leí algo en un baño. Se olvidaron uno de esos libritos. Me gustaron Felipe y Manolito. Ella es muy complicada. La vida no es para andar pensando tanto.

—Mafalda vive preocupada por lo que pasa. Hay muchos problemas en el mundo.

—Claro. Porque la gente se complica la vida. La gente es como Mafalda. En vez de pelar la naranja y comérsela contenta, se pone a pensar que es redonda y porque la Tierra es redonda Colón llegó a América y así empezó el sufrimiento de los indios. Yo me subo al trapecio, me tiro y no pienso en la ley de gravedad. Me caigo. Me sale un chichón. Y vuelvo a tirarme.

Terminó de comer. Se limpió la boca con una servilleta de papel. Dijo:

—Muy rico todo. Que te vaya muy lindo.

Salió corriendo.

Los mocasines

—¡Felipe! —me gritó de una vereda a la otra.

Era fácil reconocerla. No se parecía a nadie. Esta vez, usaba pantalones negros, mocasines celestes, una campera roja y una boina tipo Che. Crucé la calle Santa Fe.

—Hola, Francina —le dije.

Me abrazó como si fuera mi novia.

—Estás más lindo que el mes pasado. El tiempo te mejora. Dicen que mejora los vinos. No sé a cuáles. Los que tomo yo se hacen vinagre.

Me agarró del brazo y comenzó a caminar.

—¿Volviste a trabajar en el circo?

—No en el que estaba. Me contrataron en el Roma. Salimos de gira por las provincias pasado mañana. ¿Querés venir? Te podés encargar de limpiar las cagadas de los monos.

—Gracias. Ya tengo trabajo.

—Es un chiste. No hay monos. Es un circo sin animales, como casi todos ahora. Antes, jugaba con los monos y podía ver cómo

un tigre le arrancaba un pedazo de brazo al domador. Ahora, es más aburrido y no hay esa emoción.

—¿Perdió el brazo?

—No, lo encontró en la boca del tigre. Un poco masticado.

Me reí.

—A vos te gusta lo truculento. Te reís de la desgracia ajena. ¿Vos sabés por qué a la gente le gustan los trapecistas?

—¿Por?

—Porque están esperando que se caigan.

Algo de razón tenía.

—Che, no me contaste de qué trabajás.

—Doy clases de literatura en una escuela secundaria. Y, como no me alcanza el sueldo de profesor, trabajo en una agencia como productor publicitario.

—Hace tres años, cuando yo tenía dieciocho, un tipo de una agencia fue al circo. Me ofreció una buena plata para sacarme fotos desnuda en el trapecio.

—¿Aceptaste?

—Claro.

—¿Viste las fotos?

—Sí. Salí divina. Sobre todo, en una que vuelo desnuda. Las vendió a varias revistas europeas y las subió a páginas de internet. Cuando me acuerde las direcciones de las páginas, te las doy así me ves en pelotas. Se dedica a eso. Me ofreció hacer un video porno.

—A tanto no llegaste.

—Sí, cómo no. ¿Sos medio moralista vos? ¿Qué tiene de malo estar desnuda con un negro y una rubia? ¿Sabés que el negro parecía andar con bastón?

Soltó una carcajada.

—Estuvo muy bueno. La cagada fue que mis viejos todavía estaban acá y se enteraron. Tulo, un viejo boludo que está todo el

día al pedo, les contó. Mi viejo me dio un sopapo que me aflojó una muela. Me cortó la carrera de actriz porno. ¿Te gustan esos zapatos?

Señaló una vidriera. Entramos a la zapatería. Pasó muchísimo tiempo probándose. El vendedor iba y venía con las cajas.

Había entrado bastante gente y el vendedor le dijo:

—Bueno, ¿se decide por alguno?

—¡Ah, no! ¡A mi nadie me trata así! ¿Qué se cree? ¿Se piensa que le estoy haciendo perder el tiempo? Si entro es para comprar. Pensaba llevarme las botas marrones con hebilla dorada y estos zapatos. ¡Tome, métaselos en el culo!

Con un gesto ofuscado, salió caminando con largos pasos.

En la calle, me tomó del brazo y siguió caminando muy rápido. Dobló en la esquina. Miró hacia atrás. Disminuyó el ritmo.

—Me revientan estos tipos guarangos —dijo—. Tengo hambre. ¿Vamos a comer unos tostados?

—Bueno. Pero no va a ser necesario que salgas corriendo. Yo pago. También, te pagué la milanesa.

—¡Qué caballero!

Me dio un beso en la mejilla.

—Hubieras dicho que no me conocías. No hubieras mentido y hoy tendrías más plata. Así nunca vas a llegar a millonario. ¿Sabés cómo se llega a millonario?

—¿Cómo?

—Cagando gente.

—Hay otras maneras de ganar plata.

—Pero no de hacerse rico, rico. Como esos ricos que tienen aviones privados. Esos tipos cagaron más gente que otros, por eso tienen más plata. Le ponen la pata encima a los negros, a los laburantes, a los amigos. Explota una bomba y hace mierda una ciudad. Mueren chicos, viejos, mujeres, hombres enfermos. Les importa un carajo. Lo único que les importa es que la bomba ex-

plotó. Ellos son los dueños de la fábrica donde hicieron la bomba. Van a vender más. Dan buen resultado.

Lo que había dicho era irrebatible.

En el bar, me tomó de la mano.

—Vos tenés como treinta y cinco años.

—Veintiocho.

—Estás hecho mierda.

Se sonrió.

—No te enculés. Es mentira. Estás fuerte. ¿Qué te parezco?

—Muy linda.

—Ya sé. ¿Me miraste el culo?

—Más o menos.

—¿Me miraste el culo o no?

—Sí, un poco.

—¿Te gusta mi culo?

—Sí.

— Entonces, ¿para qué me querés? ¿Para usarme y tirarme por ahí? ¿O te casarías conmigo?

Hice un gesto con el que no quise decir nada.

—Es en joda. Un profesor como vos no se casa con una trapecista de circo.

—¿Qué tiene que ver lo que cada uno haga?

—Mucho. Te daría vergüenza estar conmigo. Me presentás a un amigo. Hablan de libros. Tu amigo me pregunta: «¿Qué opinás de *Martín Fierro*?». Le contesto: «No lo conozco. Con él no me acosté».

Me reí.

—Con esa risa, podrías trabajar como reidor. Te ganarías unos pesos extras.

—No sirvo para eso.

—Ya sé. Sos medio tímido. Y bueno, como el Felipe amigo de Mafalda. Pero cuidate, de bueno a boludo hay un paso.

Se levantó para ir al baño.

Recién entonces, me di cuenta que no llevaba los mocasines celestes. Tenía puestas unas costosas botitas de cuero negro.

El argumento

—A la zapatería entraste con mocasines celestes y saliste con botas negras.

—Se les dice botitas porque apenas llegan más arriba del tobillo. No tienen caña larga como las botas.

—Sí, ya sé que son botitas. Te las robaste.

—No, señor. Las cambié por los zapatos.

—Perdoná, pero esos zapatos eran horribles y estaban muy gastados.

—Si hubieran sido zapatos nuevos y lindos, no se los voy a dar a ese tarado del vendedor. Cambiando de tema, ¿sos casado, tenés novia?

—No tengo novia. Me casé y me separé al año. Tengo un hijo. Se llama Bautista y tiene tres años.

—Lindo nombre. ¿Lo ves seguido?

—Todas las semanas. Por él, tengo dos trabajos.

—En serio que sos bueno. ¿Con quién vivís?

—Solo.

—Esta noche duermo con vos.

El cuchillo

Francina era distinta todas las mujeres con las que había tenido relaciones sexuales. Claro, nunca había estado con una acróbata. Era extremadamente ágil y cambiaba con facilidad de posición. En todo momento, ella tenía el control. Todo lo que me quedaba era seguirla en lo que hacía.

A la mañana vacilé al irme. No sabía si debía dejarla sola en el departamento. Pero, ¿por qué no? Me fui y la dejé durmiendo. Le escribí una nota.

A la tarde nos encontramos en un bar de Santa Fe y Callao.

Se había puesto una de mis camisas con el botón del cuello desprendido, una corbata sin ajustar el nudo, y uno de mis sacos, grande para su talla pero que le quedaba bien. Parecía que cualquier cosa que se pusiera iba a lucir en ella.

Me acompañó al Ateneo a comprar un libro.

—Nunca entré a una librería. Esta es enorme. ¿Acá había un cine, no? Me gusta. Hay muchos libros. ¿Cuántos libros hay en el mundo?

Era una buena pregunta. Me detuve a hojear *El hombre sin atributos*, de Robert Musil.

—¿Vas a comprar ese?

—De vez en cuando, lo hojeo. Lo leí en la biblioteca. Es un poco caro. Algún día, lo voy a comprar.

—¿Para que? Si ya lo leiste.

—Quiero tenerlo. A muchos libros los leo más de una vez.

—Entiendo. Vos cuidás los libros como otros cuidan el coche.

—Llevo este otro. ¿Vamos al bar de acá a tomar un café?.

—Sí. Esperame que voy al baño.

Un rato después, se sentó a mi lado.

—¿De qué se trata?

—Es una antología de poemas.

—Seguro que escribís poesías.

—Un poco.

—Decime una.

Me negué. Insistió. Se la dije. Siempre me había parecido un poema bastante mediocre.

La miré. Se le caían las lágrimas.

—Es muy hermosa —dijo.

Nadie me había hecho un mejor elogio. Sentí la necesidad de abrazarla pero me contuve.

—Secate las lágrimas. Van a pensar que te maltrato.

—Nadie me trató mejor que vos.

Me sentí desconcertado. Cada cosa que ella hacía me sacaba de lo que era habitual en mí.

Fuimos a mi casa. Pedimos pizza y empanadas a un delivery. La casa estaba muy ordenada. Había cambiado las sábanas, lavado ropa, y limpiado los dos cuartos.

—No tenías que hacer esto —dije.

—Crecí en un carromato y en una casa rodante. Si estoy en una casa como esta, dejame que pueda verla linda.

Tocaron el timbre del portero eléctrico. Bajé a buscar la pizza. Al volver, Francina había puesto manteles individuales, platos, cubiertos, vasos, y servilletas de papel en la mesa. Yo hubiera comido la pizza y las empanadas con la mano. Pero ella parecía valorar todo lo que tuviera que ver con la vida en una casa.

—Si viviera con vos, llenaría la casa con plantas. Ahí, en la ventana, pondría unas que den flores en la primavera. A esa pared la pintaría color limón y aquella, marrón tierra seca.

Nos sentamos a comer. Ella se encargó de servir. Cortó la pizza con gran habilidad. Se lo hice notar.

—Bert, el lanzador de cuchillos, me enseñó cuando era chica. Puedo clavar a una araña a diez metros. Se aprenden muchas cosas andando de acá para allá.

—Mostrame —le dije.

—En el marco —dijo.

Fue tan veloz que casi no vi el cuchillo en el aire. Giré la cabeza. Estaba clavado en el marco de la puerta.

—Soy desmemoriada —dijo.

Se levantó de golpe. Como si se hubiera acordado de algo.

Tomó su bolso.

—Tengo una cosa para vos.

Puso sobre la mesa los dos tomos de *El hombre sin atributos*.

—Les falta una partecita de la contratapa. Le corté esa cosa que hace sonar la alarma cuando salís.

—¿Lo robaste?

Me miró sorprendida.

—Los libros no se roban. Pertenecen a todos. Como los árboles y las flores. Lo que pasa es que te acostumbraste a que unos sinvergüenzas ganen plata vendiéndolos. Por culpa de ellos, vos no podías tener el libro. Ahora, vas a comer contento. ¿No?

La dormida

Cerca de las tres de la mañana, Francina se dio por satisfecha. Bajó de encima de mí y se acostó a mi lado.

—Mañana me voy con el circo —dijo.

No dije nada.

—¿Querés que me quede con vos?

Demoré en contestarle.

—Dijiste que tenías que irte —dije, finalmente.

Se puso boca abajo. Metió las manos bajo la almohada. Se tapó con la sábana. Dijo:

—Sí.

Se quedó dormida muy rápido. Yo, un poco después. Al día siguiente, tenía que dar clases y me quedaban pocas horas de sueño.

Era raro que me despertara demasiado temprano. Todavía no había amanecido.

Francina no estaba. Creí que había ido al baño. Traté de volver a dormir pero me sentía despejado. Como si hubiera dormido muchas horas. La esperé. Demoraba demasiado. Me levanté.

Hacía un poco de frío.

Se había ido.

Ni siquiera dejó una nota.

Volví a la cama. ¿Por qué se fue? Parecía haber estado a gusto. ¿Esperaba que le dijera que se quedara conmigo?

En definitiva, era una chica que estaba sola. Sus padres viajaban por el mundo sin importarles lo que le pasara. No tenía una casa ni otras amistades que no fuera la gente del circo. Tuve una sensación de abatimiento, de desolación. Diría que hasta de cierta culpa.

Me despertó la alarma del reloj. Eran las siete de la mañana, me había quedado dormido.

Terminé de ducharme, afeitarme, cepillarme los dientes, y preparar el café con leche, en la insoportable rutina de todos los días.

Eso había roto Francina: mi rutina. De alguna manera, en las pocas horas que estuvimos juntos, ella hizo que mi vida saltara sobre los charcos.

Comencé a extrañarla. Dijo que se iba con el circo Roma. Tarde o temprano, regresaría y volvería a verla.

Terminé de vestirme. Me preparé para salir. Miré encima de la mesa. De pronto, fue como si me hubieran dado un golpe en la cara.

Corrí a la cocina. Abrí el armario. Busqué una lata de galletitas. La abrí.

Caí sentado en una silla.

Francina me había robado mis ahorros, el dinero de mi billetera, el teléfono celular, y la computadora portátil.

Un encuentro con Lisa

El uniforme

Estaba vestida con uniforme escolar. Se sacó los zapatos y las medias. Se acostó despatarrada sobre el césped. Enrolló el pulóver que llevaba atado en la cintura y lo puso como almohada bajo su cabeza.

Yo estaba sentado en un banco, cerca de ella. Era rubia, con el cabello corto que apenas le llegaba a los hombros.

Dejé de prestarle atención. Seguí leyendo el libro.

—¡Che, pibe! —dijo.

Alcé la cabeza.

Estaba sentada. Doblaba y abría los dedos de los pies.

—¿Tenés un cigarrillo?

—No fumo.

—¡Ah! Bue... un putazo.

—¿Qué dijiste?

—¿Qué te pasa, algún problema, pendejo?

Me levanté y fui hasta donde estaba.

—Si me querés hacer algo, te pego una patada en los huevos.

—No te voy a hacer nada. Vine a sentarme acá. ¿Puedo?

—Si fuera la dueña de la plaza, te lo prohibiría. Como no soy la dueña, podés hacer lo que te dicte tu conciencia.

—Voy a sentarme.

—¿Y? ¿Qué querés que haga? ¿Que te corte el césped para que esté lisito?

Pertenecía a esa clase de chicas que son muy lindas y lo saben. Una de esas que se sienten seguras de correr con ventaja.

—¿Por qué me dijiste putazo?

—Los hombres que no fuman son maricones. Tienen miedo que el cigarrillo les haga nana.

—Fumar no es bueno.

—Boludeces que te inculcaron. Los hombres de antes fumaban y eran bien machos. Ahora todos son unos mantequitas. Mi abuelo fumaba cien cigarrillos por día y se murió a los noventa y siete años. Mi abuela no fumaba y se murió a los setenta y cuatro.

—Es un caso especial. Está probado que hace mal.

—Mi viejo fumaba cuatro atados al día.

—¿Se murió?

—Sí.

—¿A qué edad?

—A los cuarenta.

—De cáncer de pulmón.

—No. De un tiro que le pegó la policía.

—Eso es grave. Muchas veces la policía mata gente inocente.

—Mi viejo no era inocente. Asaltaba bancos. No era un chorro cualquiera. Era de primera. De los pesados bien pesados. Dos veces se escapó de Devoto y una de Sierra Chica. Mató a tres canas. Mi viejo era muy respetado en el hampa.

—Parecés orgullosa de él.

—¡Y qué te parece! ¿Tu viejo es chorro?

—No.

—¿Qué hace?

—Trabaja en una empresa. Es gerente de ventas.

—¿Y qué me podés contar del trabajo de tu viejo?

Pensé un momento.

—No hay mucho para contar —dije.

—¿Viste? Yo puedo estar días enteros contando del trabajo del mío. Acá cerca, él y la banda cavaron un pozo de cincuenta metros por debajo de Callao y entraron por un boquete al banco. Abrieron casi todas las cajas de seguridad y se llevaron como treinta millones de dólares.

—¿Tu viejo fue el que hizo ese robo?

—Claro. ¿Te das cuenta? Mi viejo es famoso.

—Mi viejo tenía una caja de seguridad en ese banco. Tu viejo se la robó.

—¡Ves que el mundo es un carilina!

Enseguida frunció el ceño.

—La guita no te la devuelvo —dijo.

Me hizo reír.

—Mi vieja y yo nunca la vimos. Mi viejo la enterró bajó una higuera. Pero no sabemos dónde está la higuera. Se llevó el secreto a la tumba.

—Estás mintiendo.

—Si me tratás de mentirosa, te puede ir mal. Hago una llamada y sos boleta.

—No te tengo miedo.

—Porque no me conocés... ¡Señor!

Un hombre giró la cabeza.

—¿Tiene un cigarrillo?

—No fumo —le contestó.

—Entonces, no le doy las gracias porque no me dio nada.

Se rascó un pie.

—¿Cómo te llamás? —le pregunté.

—Todos me dicen Lisa así que me debo llamar Lisa.

—Por Lisa Simpson.

—No. Por Lisa Ann.

—¿Quién es?

—Una súper estrella del porno. A mi viejo le encantaba.

Puso el pie cerca de mi cara.

—¿Tengo algo? Me pica.

—No veo nada.

—¿Habrá bichos colorados?

—No creo. ¿Te hiciste la rata? ¿A qué colegio vas?

—A ninguno.

Se miró la planta del pie.

Pareció conforme con lo que vio y estiró las dos piernas.

—Estás de uniforme.

—Lo uso para mi trabajo.

—No me vas a decir que sos actriz.

—No. Soy puta.

Las medias

Parecía hablar en serio.

—Cuando me case va a ser en esa iglesia. Ahí se casan todos los chetos.

Señaló hacia Nuestra Señora del Pilar.

—¿Andás de novio?

—No. Voy a casarme cuando deje la profesión.

—¿De verdad trabajás?

—Sí, pibe. Tengo mis clientes fijos pero ando de levante por acá para ampliar el negocio.

Podía pensar que fuera actriz, cantante, modelo, cualquier cosa menos prostituta.

—No parecés...

—¿Puta?

Afirmé con la cabeza.

—Nadie es lo que parece.

—¿Yo que parezco?

—Un chetito mantenido por el papito y que estudia alguna carrera en la universidad, como para justificar su vida.

—No soy ningún chetito mantenido por el papito.

—Te dije: nadie es lo que parece.

Me miró a los ojos sonriendo. Le sobraban recursos de seducción. Por lo menos, conmigo hacían efecto.

—Vos tampoco —dije.

—Cuando ando vestida así se la toman en serio y creen que soy una nena que va al secundario. Me dan dieciséis o diecisiete años.

—¿Cuántos tenés?

—Veinticinco.

—Me estás jodiendo.

—No, pibe. Tengo veinticinco.

—Me llevás tres años y te daba, por lo menos, cinco o seis menos que yo.

—Mi vieja tiene cuarenta y cinco y le dan treinta.

—Es genético. Conozco a gente a la que nadie le da la edad que tiene. ¿Tu vieja sabe de qué trabajás?

—Más bien. Mi vieja es dueña de un sauna muy bacán. Tiene quince chicas de primera trabajando. Siempre me hincha para que trabaje con ella pero no quiero. Me gusta hacer lo mío. La plata me la gano sola desde los diez años.

—¿Empezaste a los diez años?

—Sí.

—Eso es abuso infantil —dije, un poco indignado.

—Puede ser. Pero mirá adónde llegué: de diez dólares a mil.

—¿Cobrás mil dólares?

—Por hora.

—¿Cuánto ganás por mes?

—Depende. Un mes al año salgo de vacaciones. Sábados, domingos y feriados no trabajo. Tampoco cuando estoy con la regla. Saco unos cincuenta mil dólares mensuales, promedio.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Tanto ganás?

—Tengo buenos clientes. ¿Me acompañás hasta La Biela?

Tomo los zapatos y las medias. Se puso de pie y empezó a caminar descalza.

El césped

—Lo mejor del mundo es caminar descalza sobre el césped. Sacate las zapatillas y vas a ver.

—Sí, caminé otras veces. Ahora no quiero.

—Debés tener olor a patas y te da vergüenza.

—Para nada. Me baño todos los días.

—Con el paso de las horas te agarra ese olor a patas que tenés. Hay talco para los pies.

—Te dije que no tengo olor.

Se sentó en un banco a ponerse las medias y los zapatos. Sin levantar la cabeza, dijo:

—Estás aprovechando para verme las piernas y por si se me ve la bombacha.

—Estoy mirando para otro lado.

Terminó de calzarse. Caminamos. A media cuadra de La Biela, se detuvo.

—Hasta acá llegamos. Tengo que dejarte. Voy a encontrarme con un cliente.

—¿Siempre vas a La Biela?

—A veces, a tomar algo con una amiga.

—¿Te encontrás con tus clientes en el bar?

—No. Me esperan en el auto. Todos son casados. No pueden hacerse ver acompañados por una mujer. Los que levanto esperan que camine mirando vidrieras y me siguen.

—Cobrás bastante. ¿Llevan esa plata encima?

—La mayoría. O van al cajero. Los viejos tienen guita.

—¿A qué le llamás «viejos»?

—A los de más de cincuenta, sesenta.

—¿No te da asco estar con un viejo?

—Para mí, viejos es igual a guita. La guita me gusta, entonces, me gustan los viejos. Los viejos con guita, mejor dicho.

Me dio un beso en la mejilla despidiéndose.

La seguí de lejos. Caminó por Quintana. Subió a un coche. Me dio bronca. Como si ella fuera algo mío. La veía tan bonita y con esa cara que parecía llena de inocencia que me resultaba casi increíble que fuera prostituta.

Todo el fin de semana pensé en ella. El lunes fui a Plaza Francia. No pude encontrarla. Volví el martes. Esperé mucho tiempo. Tampoco apareció. Dijo que estaba en la zona de lunes a viernes. Algún día iba a encontrarla de nuevo. Fue el jueves.

La hermana

Caminaba por Avenida Alvear con otra chica. Esta vez no usaba el uniforme escolar. Iba con jean, una sudadera que le llegaba a los muslos, y zapatillas de una de esas marcas muy caras. Le dijo algo en el oído a la amiga. Se rieron entre ellas. ¿Se reían de mí? En realidad, ni siquiera me habían visto. Seguían hablando cuando pasaron a mi lado.

—Lisa —dije.

Se sorprendió.

—Hola. A vos te conozco de algún lado.

—La semana pasada, en Plaza Francia.

—Sí, me acuerdo. Vos sos el que tenés olor a patas.

La amiga se rió. Daba la impresión de estar tentada de la risa y tratando de controlarse.

—Te dije que no tengo olor.

—¿Empezaste a usar el talco que te dije?

—Sí. Ya se me terminó y justo iba a comprar otro.

Las dos soltaron una carcajada.

Lisa dijo:

—Te presento a mi hermana Casimira.

—¿Cómo estás? —dije.

Levantó una mano saludando. Tampoco ella tenía aspecto de ser una prostituta. Más bien de chica de buena familia.

—Casimira parece de tu misma edad.

—Sí, pero es mayor. Tiene veintisiete. Te conté que en la familia somos de parecer de menos edad.

—¿Tenés veintisiete?

—Como te dice mi hermana.

—Y tiene dos hijos —dijo Lisa.

—¿Estás casada?

—No, es soltera —dijo Lisa antes que Casimira contestara—. Tuvo el primero a los catorce y el segundo a los dieciséis. Después, mi vieja le hizo atar las trompas.

Casimira apretó los labios, como si se estuviera conteniendo.

—Ya nos vamos —dijo Lisa—. Nos espera un cliente.

—¿A las dos? —pregunté.

—Marcelino es un viejito muy travieso.

—¿Qué edad tiene Marcelino?

—Sesenta y cuatro.

—Sesenta y siete —la corrigió Casimira.

Al mismo tiempo, las dos volvieron a soltar una carcajada.

—Nos reímos de Marcelino. Es un viejo jodón. Justo hablábamos de él cuando te encontramos. Nos reíamos de acordarnos lo que hizo con las sábanas —dijo Lisa.

—¿Qué hizo?

—¡No, no puedo contarte! Esta profesión es como la de cura o psiquiatra. No se revela lo que hace el cliente.

—Si querés, voy yo sola —dijo Casimira.

—Nunca falto a un compromiso. Un gusto verte.

—¿Cómo te llamás? —preguntó Casimira.

—¡Cierto, no te pregunté el nombre!

—Facundo.

—Te dejamos, Facundo —dijo Lisa.

Las dos me dieron un beso en la mejilla como despedida. Se las veía divertidas.

—¿Siempre andás por acá, no? —pregunté.

—Sí. ¿Por? —dijo Lisa.

—A lo mejor vuelvo a encontrarte.

Encorvó los hombros.

—En una de esas te invito a tomar un helado —dije.

Se puso seria. Casimira le hizo un gesto que no entendí.

—El lunes, a esta hora, la vas a encontrar en Plaza Francia. Si llueve, al otro día —dijo Casimira.

Lisa la miró con los ojos muy abiertos. Como sorprendida.

Caminé en sentido contrario a ellas. Al llegar a la esquina, crucé de vereda y las seguí. Iban a una cuadra de distancia. Doblaron en Montevideo hacia Libertador. Hice lo mismo. Pero las perdí de vista. Habrían subido a algún coche que las esperaba.

El helado

Estuve ansioso todo el fin de semana. El lunes me di cuenta que no sabía a qué hora iba a estar Lisa en la plaza. Fui pasado el mediodía. Me senté en el mismo banco. Varias veces me levanté a dar una vuelta. Sentía vergüenza de estar tanto tiempo simulando que leía. Apareció a las 3 de la tarde.

Esta vez no usaba el uniforme sino una minifalda negra, una camisa blanca más larga que la chaqueta y unas alpargatas muy coloridas.

—¿Saliste a tomar aire? —me preguntó.

—Te esperaba.

—Decime.

—¿Qué tengo que decirte?

—Vos sabrás. ¿Andás buscando algo conmigo?

Creo que mi cara enrojeció.

—No sé, invitarte a tomar algo.

—¿Vos te pensás que me vas a levantar con un heladito? A mí me invitan con champagne Dom Perignon.

—Lo del helado fue un decir. Me salió así. Pero tenés razón.

—¿En qué?

—Vos estás trabajando. No da para que pierdas tiempo.

—Primero y principal: yo decido lo que hago con mi tiempo. Como sabés, lo cotizo alto. ¿Eso andás buscando?

—No. Para nada.

—Todos los hombres quieren lo mismo.

—Yo no. Qué sé yo. Lo único que quería era estar un rato con vos. Si me preguntás para qué, no sé. Lo seguro es que no era para eso que creés.

—Mirá vos.

Lo dijo en tono de burla. Me sentía cohibido frente a ella. Pero era consciente que estaba haciendo una estupidez. Lisa no me veía del modo en que yo la veía a ella.

—Me voy —dije.

Di unos pasos.

—¡Pibe! ¿Adónde vas?

Me detuve. La miré.

—¿No me invitaste a tomar un helado?

La estatua

Pedí los helados. Lisa sacó plata del bolso.

—Yo invito —dije.

—Cada uno paga el suyo.

—Pago yo.

—Te hacés el recio.

Cada vez que se sonreía era como si me llenara de alegría.

—¿Nos sentamos acá?

—El helado se toma caminando así los fluidos estomacales están más calientes, lo derriten más rápido y se hace mejor la digestión.

—¿De dónde sacaste eso?

—Lo dicen los mismo científicos que aseguran que el cigarrillo hace mal. ¿Fumás porros?

—No. ¿Vos?

—Porros, coca, heroína, pastillas, lo que se dé.

—Todo eso es muy malo.

—¿Me ves mal?

—No. Pero a la larga te va a afectar.

—Marcelino usa de primera. El otro día nos regaló casi medio quilo de coca.

—Es un viejo asqueroso.

—Si lo conocieras hablarías bien de él. ¿A qué te dedicás?

—Estudio en Ciencias Económicas.

—¿Para contador?

—Licenciado en economía.

—¿Y de qué trabajás?

—Empiezo a fin de mes en la empresa que trabaja mi viejo.

—Lo que te dije. Sos un chetito mantenido por el papi. ¿Tenés novia?

—Si tuviera, no estaría paseando con vos.

—¿Qué tiene? Los hombres siempre meten los cuernos.

—No todos. ¿Pensaste en hacer otra cosa?

—Ni loca. Me encanta mi trabajo.

Nos paramos a ver el monumento a Carlos de Alvear.

—Me gusta esta estatua. Siempre la miro. Bourdelle dijo que era su obra maestra. Viste lo que dicen de las estatuas ecuestres. Si el caballo tiene las dos patas alzadas es porque el prócer murió en batalla. Si tiene una sola, murió tiempo después a causa de las heridas. Con las cuatro patas apoyadas, murió de cualquier cosa.

Todo eso es mentira. ¿Ves que el caballo tiene una pata alzada? Pero Alvear se murió como veinticinco años después de la batalla de Ituizangó. En Nueva York y siendo una especie de embajador.

Diría que me dejó con la boca abierta. No tenía idea de quién era el escultor que había hecho la estatua ni lo que se decía de la pose del caballo. Tampoco que Alvear hubiera muerto en Estados Unidos ocupando un cargo diplomático.

—¿Cómo sabés todo eso?

—Uno de mis clientes me lo contó.

Hablamos durante más de cuatro horas. Fuimos a un bar. Pidió un jugo de naranja. Quiso pagar su parte. No la dejé.

De repente, dijo:

—¡Uy, mi vieja me mata! Se me hizo retarde.

—¿Te estaba esperando?

—Por un asunto del prostíbulo. Te tengo que dejar ya.

—Te acompaño.

—Voy sola. Chau.

—¿Puedo verte de nuevo?

Pensó un momento.

—Podría ser. No te lo aseguro.

Nos miramos. Sentí ganas de besarla. Me contuve.

—Y me voy rajando —dijo y cruzó Las Heras corriendo.

Los anteojitos

—Estás loco. ¿Cómo te vas a enamorar de una puta?

—No le digas así.

—¿Cómo querés que le diga si es puta?

—La estás insultando.

Germán y yo cursábamos juntos unas materias.

—Tiene veinticinco y empezó a los diez. ¿Sabés con cuántos tipos se acostó?

—Tengo que sacarla de esa vida.
—Dejate de joder. Estás reloco.
—Puede ser. Pero la voy a sacar de lo que hace.
Germán se echó para atrás, meneando la cabeza. Estábamos en un bar, tomando café en una mesa de la vereda.
—¡Ahí va la hermana! —dije, casi saltando en la silla.
—¿Qué hermana?
—Casimira, la hermana de Lisa.
Me levanté.
—¡Pará, loco!
Casimira llamó a un taxi.
—¿Cuál es?
—Esa, la que va a tomar el taxi.
—Qué boludo sos, Facundo. Sentate.
Me tironeó del brazo y se puso a reír.
—¿De qué te reís?
—Decime, pelotudo, hace dos años, cuando estuviste un rato en el cumpleaños de quince de mi hermana, ¿viste a una chica con un bonete en la cabeza y unos enormes anteojos negros de juguete que se la pasaba hinchando las pelotas?
—Sí.
—Esa era Lisa, tu puta.
Me quedé mudo.
—La que tomó el taxi es Carolina Di Pietri. La rubiecita rompe bolas es Ana Julia Carreras. El padre es arquitecto, tiene una empresa constructora y unos doscientos millones de dólares. Ella es compañera de colegio con mi hermana. Yuli, así le dicen a tu puta Lisa, vive en un dúplex de Posadas y Montevideo.
—Por eso las perdí de vista cuando las seguí.
—¿Seguiste a dos pendejitas? Ni se te ocurra arrimarte a mi hermana.

La venganza

Me había tomado por idiota pero me sentía contento. No era una prostituta. Sabía lo que haría al verla. Le ofrecería la plata que decía cobrar. Iba a divertirme viendo su reacción. Incluso, le diría que otro amigo quería tener sexo con ella y nos esperaría en un bar cuando saliéramos del hotel para llevarla a otro.

Me senté en el mismo banco y la esperé poco tiempo. Apareció caminando muy rápido. Sonreí. Me alegró verla y, también, pensar en mi venganza.

Vestía jean, un buzo con el número 2, una bandana azul en la cabeza, y un par de zapatillas estampadas tan caras como todas las que le vi puestas. Estaba muy seria. Se quedó parada frente a mí. Sin saludar, dijo:

—No te levantes. Tengo que decirte algo. Espero que no te enojes mucho.

Miró hacia el piso.

—No soy puta. Te conozco del cumpleaños de Rocío. Te pedí el cigarrillo para hacerte un chiste. No fumo. Cuando te arrimaste me pasó lo que siempre me pasa con los chicos. Para sacarte de encima, hice toda esa historia que ya sabés.

Levantó la vista, como buscando las palabras.

—La chica con la que me encontraste no es mi hermana. Es mi mejor amiga y somos compañeras de escuela. Se llama Carolina. Cuando me invitaste con el helado... Qué sé yo. Carolina se metió y tuve que seguir con esto. No esperaba que me invitaras sabiendo que era una puta. Mejor dicho, creyendo que era una puta. Pasa que tengo un problema muy serio para mí. Pongo una barrera con los chicos. Cumplí diecisiete y nunca tuve un novio ni salí con un chico.

Se rascaba una pierna. Dejaba de hacerlo y volvía a rascarse. Como algo que hiciera cada vez que estaba nerviosa.

—Soy hija adoptiva.

Hizo una pausa y dijo:

—Mi papá sanguíneo mató a mi mamá y se suicidó. Yo tenía tres años y vi todo.

Me quedé paralizado.

—Mi papá adoptivo es arquitecto. Por eso sé de monumentos. Él y mi mamá adoptiva son muy buenos conmigo, me quieren mucho. Perdieron una hija de seis años. El problema soy yo. Desde chica hago terapia. Me trató un psiquiatra durante años; ahora, voy a un psicoanalista. Es como que le tengo miedo a los chicos. No tengo problemas con mis compañeros o con cualquier otro con el que sepa que no pasa nada. ¿Entendés? Es cuando un chico me gusta. Me asusto. Pienso que me va a hacer daño.

Se pasó la mano por la nariz.

—Listo. Te dije todo. Perdoname. No te enojes demasiado conmigo. Adiós.

Salió corriendo.

Fui tras ella. Corría muy rápido y había un taxi esperándola. Había preparado el escape. No pude alcanzarla.

El buchón

—Sos bien boludo. Le conté a Rocío. No sabía que Yuli se hizo pasar por puta. Se cagó de risa y seguro que le contó que ya sabías quién era. La pendeja te volvió a versear.

—¿Decís que es mentira?

—Facundo, mi hermana es amiga y jamás le dijo que fuera hija adoptiva ni que a los Carrera se les murió una hija. Menos toda esa historieta del asesinato de la madre.

Germán se puso a reír.

—Preguntale a mi hermana cómo se la pasa haciendo jodas en el colegio y en cualquier lado que va. No parece traumada.

—Creí que era sincera. Te juro que no puedo creerlo.

—Lo que yo no puedo creer es que seas tan boludo de tragarte el verso de que era puta y, después, el verso de que es una nenita sufrida que vio al padre matar a la madre y suicidarse. Lo sacó de una película. Cualquiera se da cuenta que es una nena bien. ¿No le viste la cara y la pinta que tiene? Aparte, eso de los noviecitos que no tuvo y la virgencita. Anda con un pendejo. Se la volteó hace rato. Te lo firmo.

La declaración

La esperé en la vereda de enfrente del colegio. Salió con un grupo de chicas. Yuli parecía muy contenta. Hasta que me vio.

Crucé la calle.

—Yuli —la llamé.

Ella y todas las compañeras dieron vuelta la cabeza. Las demás cuchichearon entre ellas y, muy sonrientes, la empujaron hacia donde yo estaba.

—Me mentiste —le dije sin saludarla.

Puso cara de no entender de lo que hablaba.

—Germán me contó que no sos hija adoptiva. Rocío le dijo que me estabas tomando para la joda.

Levantó apenas la cabeza y la bajó. Como afirmando.

—¿Por qué me tomaste de boludo?

Se quedó mirando el suelo.

—Perdoname... Chau.

Se dio vuelta.

—No, esperá.

—Basta. Dejame ir. Caro es mi única amiga. Rocío es una compañera. Nunca le conté a nadie. Caro es la única que sabe.

—Si, la que se hace pasar por tu hermana Casimira.

Como si estuviera muy cansada, dijo:

—Está bien. Te mentí. Soy mitómana. Por eso me mandan a hacer terapia. Ahora, sí me voy. Perdón por todo. Adiós.

Giró el cuerpo para irse.

La tomé con delicadeza del brazo. La solté enseguida.

—Estoy enamorado de vos —le dije.

A unos metros de distancia, Carolina se había quedado esperándola. Se acercó gritando.

—¡Eh, eh! ¡Dejala tranquila!

Carolina se interpuso entre Yuli y yo. Me puso una mano en el pecho. Era alta, como de un metro setenta, y flaca.

—Caro, andate, no hinchés las pelotas —dijo Yuli.

Se cruzaron una mirada.

—Te espero por ahí —dijo y fue a recostarse contra la pared del colegio.

Yuli se quedó callada. Pareció estar dándole tiempo para que se alejara.

—¿Qué me decías? —preguntó.

El novio

Nos pusimos de novios. Entre nosotros solo había besos, caricias y abrazos. Ella era una chica muy dulce y, aunque no estaba seguro si decía la verdad sobre su virginidad, no me importaba no tener sexo con ella. Jamás se me pasó por la cabeza intentar convencerla para que lo hiciéramos. Además, en los primeros días parecía no tener demasiada experiencia o simulaba.

La segunda vez que salimos, le dije que tenía varias dudas y quería sacármelas.

—No sos mitómana. Te divierte jorobar con la gente. Me hiciste tragar lo de la prostituta y lo de la hija adoptiva, fueron buenas jodas, lo reconozco, pero no quiero enterarme por boca de otro que me mentís en algo. Jurame que nunca me vas a mentir.

—Te lo juro. ¿Qué más?

—Sin querer, la primera vez que hablamos, te vi subir a un coche. ¿Quién te esperaba?

Hizo memoria.

—Mi viejo. Quedamos en encontrarnos para ir a comprar un regalo para el cumpleaños de mi vieja.

—¿Cuántos novios tuviste o con cuántos chicos saliste?

—No tuve. Sos el primero.

—Germán dijo que andabas con un chico.

—Tu amigo es un pelotudo.

—¿Por contarme la verdad?

—Porque es un mete púas. Los mete púas, los que hablan sin saber y se la pasan inventando cosas feas de los demás, son malas personas. Ni él ni la tarada de la hermana saben con quién salgo o no salgo. Ese flor de boludo con el único que pudo haberme visto es con Luciano. Es amigo mío y de Caro. Y entre Caro, vos y yo, se queda con vos.

—¿Es gay?

—Ni te voy a contestar. Mañana te lo presento.

Al día siguiente, conocí a Luciano.

Cuando vi a Germán en la facultad le dije:

—Sos un pelotudo.

La presentación

A los dos meses de noviazgo, dijo:

—Mis viejos te quieren conocer.

Eran muy simpáticos. Alfredo, el padre, era un hombre canoso y con una gran cultura. Ernestina, la madre, debía haber sido una mujer muy hermosa en su juventud. Los dos eran de mayor edad de la que había imaginado. No podían tener menos de cincuenta y pico.

Nos sentamos en una larga mesa ocupando solo parte de la cabecera. Me sentía cómodo. Ellos me hacían sentir así. Se notaba que era gente acostumbrada a las reuniones.

Delmira nos servía. Era gorda, con sonrisa fácil y buena dentadura. Trabajaba en la casa desde treinta años atrás.

—¿Sabés que mi papá la compró en el Congo? Estaba en oferta y se la trajo. Delmi es nuestra esclava.

—Callate, macaneadora —dijo Delmira.

—Mirá cómo se retoba y me falta el respeto. A estas negras hay que darles unos latigazos para que aprendan quién es el amo.

—Yo soy negra y uruguaya a mucha honra. Vos sos una rubia con cara de haber estado en remojo en un balde con lavandina.

—¡Ahora, sí! ¡Papá, castigue!

Alfredo y Ernestina estaban muy sonrientes.

—Sí, don Alfredo. Dele a esta malcriada con el cinturón y del lado de la hebilla —dijo Delmira.

Le tironeó suavemente las orejas.

—¡Soltame las orejas! Te dije que no me gusta.

—Mi chiquita... ¿Vio qué bonita es?

Afirmé con la cabeza.

—¿Sabés que Delmira revuelve la polenta con las tetas? No sé cómo no se quema.

Nos hizo reír a todos.

—Es así desde que se levanta hasta que se duerme. Después, no me vengas con reclamos. Yo te advertí —dijo el padre.

Era verdad lo que decía Alfredo: Yuli todo el tiempo bromeaba y era completamente desfachatada. No tenía el menor problema de entrar a un negocio de la calle Florida hablando en inglés y, de pronto, decir: «¿Estás en pedo? ¿Me querés chorear porque te creés que soy turista?»

—Yuli es la luz de esta casa —dijo Delmira mientras caminaba hacia la cocina.

—Como te darás cuenta, si alguien le hiciera mal a Yuli tendría que vérselas con Delmira. Y conmigo —dijo Ernestina.

Alfredo sonrió y siguió comiendo. Sin duda que la frase era una advertencia dirigida a mí.

No hacía falta nada más para saber dos cosas sobre Yuli: era una chica muy querida; y una de esas niñas mimadas a las que nunca les pasa nada más grave que romperse una uña. Pero ella tenía ángel y buen humor. También, era cierto que tenía un tornillo suelto en la cabeza. Pero estando con ella me sentía mejor que nunca. Me había enamorado como un loco.

La repisa

Terminamos de comer. Yuli me dijo:

—Vení, te voy a mostrar la casa. Si te vas sin ver todo, mi papá no duerme esta noche. Compró el dúplex para la familia, lo refaccionó completo y lo decoró.

Recorrimos la parte baja. Alfredo había cuidado hasta los mínimos detalles. Todo era de muy buen gusto. En la parte superior estaban los dormitorios principales y los de visitas. Había dos habitaciones muy amplias ideadas para que Alfredo y Ernestina tuvieran un lugar propio donde cada uno de ellos pudiera aislarse y mantener su privacidad.

Cuando entré al de Alfredo, Yuli me lo mostró contándome el origen de unas máscaras africanas y la historia de la mesa de dibujo que el padre había ubicado cerca de una ventana. En el de Ernestina, la puerta estaba abierta y entré sin permiso.

—No. Salí. A mi mamá no le gusta que entren.

—Es muy bonito.

—Sí. Apurate, mis viejos esperan para tomar el café.

Me demoré mirando las fotografías que llenaban una antigua vitrina. En varias, estaban Alfredo y Ernestina, muy jóvenes, cuan-

do eran recién casados. Habías fotos de los que, seguramente, eran los abuelos de Yuli, y una gran cantidad de fotografías de ella a distintas edades.

—Dale, apurate. Mi viejo se pone ansioso —insistió Yuli.

—Qué linda saliste en esta.

No me contestó. Me di cuenta que le molestaba que estuviera husmeando en el cuarto. Estaba saliendo cuando advertí una media docena de fotografías en viejos portarretratos con marcos de plata.

Sobre una mesa alta y angosta puesta contra la pared, esas fotos parecían formar un sitio aparte.

Vi a Ernestina, como de veinticinco años, sonriendo con un bebé en brazos.

Vi a Alfredo y Ernestina mirando cómo una nena de cabello castaño apagaba las seis velitas de su torta de cumpleaños. La nena tenía la cara pálida y los ojos con ojeras.

Me di vuelta mirando a Yuli.

Estaba apoyada en el marco de la puerta.

Tenía la cabeza gacha.

Sonriendo con tristeza, dijo:

—Esa es Eleonora.

Un encuentro con Lilen

El mensaje

«La angustia es más poderosa que el amor porque lo invade todo, lo controla todo, impide toda ilusión, desvanece todo destino. Se aferra, muerde, y duele».

Me escribió Lilen.

Publiqué un artículo sobre Kierkegaard en mi blog. Ella envió un mensaje. Le contesté de inmediato.

Era española.

Lilen: Cuando la angustia se te echa encima, no la quitas con tenazas ni con insultos. Es inmune a los tirones y las palabras. Luego, te acostumbras a llevarla como si fuera el único par de zapatos que tienes, que te quedan chicos y te hacen doler los pies.

Conversábamos por chat.

Lilen: En una noche clara, prueba a levantar la cabeza y mirar las estrellas. En alguna, se encuentra el secreto para calmar la angustia. Solo tienes que encontrar la estrella y revelar el secreto. Dirás que no es tarea fácil. Es que no es tarea fácil vivir.

Fer: Entonces, no existe forma de combatir la angustia.

Lilen: Claro que puedes combatirla. Pero nunca derrotarla. Ella no te deja. Va y viene. Hace contigo lo que le apetece.

Fer: ¿Estudiaste filosofía?

Lilen: No se precisa ser filósofa para filosofar. Después de unas copas, muchos se convierten en filósofos.

Fer: Pensás con mucha profundidad. Vendrías a ser una moderna Hipatia.

Lilen: Hombre. Cómo se te ocurre. ¿Es que tú quieres que me desnuden, me asesinen, y me corten en trozos como hicieron con ella?

Fer: Podés ser graciosa cuando querés.

Lilen: El buen humor me tiene colgada de la rama. Si lo pierdo, se rompe la rama y caigo. Creo que es una buena hora para despedirnos.

Fer: Por mí, seguimos. Me interesa hablar con vos.

Lilen: Me gusta la manera en que hablan los argentinos. Vi muchas películas de tu país y noté que en las más viejas usaban el «tú» y, luego, lo abandonaron por el «vos»», que, como sabes, es una forma de pronombre que cayó en desuso por aquí desde siglos atrás.

Fer: En esas películas se usaba el «tú» porque se vendían en todo el mercado latinoamericano. Pero, en la calle, la gente se trataba de «vos».

Lilen: Mira qué interesante. Ha sido un gusto conversar contigo. Buenas noches.

Fer: Me gustaría seguir hablando con vos. ¿Podés mañana a esta misma hora?

Hubo una larga pausa. Pensé que había salido del chat

Lilen: Una hora antes. Es la medianoche en España. Tú estás como para cenar y yo como para dormir.

Había olvidado las cuatro horas de diferencia.

Fer: Claro. Vivo en Buenos Aires. Tengo treinta años. Soy separado y no tengo hijos. ¿De qué parte de España sos?

Hubo otra larga pausa.

Lilen: Cádiz. Pero no hablo de temas personales.

Fer: ¿Por qué no? Podés mentir a gusto. Todos mienten en los chats.

Lilen: Nunca miento. No creas que los andaluces somos mentirosos, vagos y analfabetos, como nos juzgan por aquí.

Fer: No se me ocurrió pensar eso. Rafael Alberti era andaluz y es una de las glorias literarias españolas.

Lilen: Estuvo exiliado en tu país hasta que murió Franco.

Fer: ¿Leés poesía?

Lilen: Creo que he pasado más tiempo leyendo que haciendo cualquier otra cosa.

Fer: ¿Escribís?

Una larga pausa.

Lilen: No. Solamente leo. Si escribiera, lo haría sobre la arena, como lo hacía Jesús. Me despido. Buenas noches y mejores días por venir.

La ansiedad

Al otro día, estaba impaciente por hablar con ella. No conocía a ninguna otra mujer, ni a nadie, que hablara de esa manera. Eran profundas sus ideas; claras y bellas las palabras que usaba para expresarlas.

Fer: ¿Estás ahí?

Lilen: No tengo otro sitio dónde estar.

Fer: Siempre hay otros sitios.

Lilen: Soy como una planta en una maceta. La ubicas en un rincón de la casa y allí se queda.

Fer: Las plantas no salen a pasear. Me imagino que saldrás con amigas. ¿Sos casada?

Lilen: No me interesan los temas personales. Pero, por darte una satisfacción, te diré que no estoy casada.

Fer: Entonces sos muy joven.

Lilen: Podría tener setenta años y ser una solterona.

Fer: No creo que seas como doña Rosita, la de Lorca. Debés tener entre treinta y cuarenta.

Lilen: Ni siquiera soy como doña Rosita.

Fer: No lo dudo. ¿Cuántos años tenés?

Lilen: Eres insistente. Una vez, vi por televisión que le preguntaban a la gente qué opinaba del tiempo que se pierde via-

jando hasta el trabajo. Pensé que esa pregunta era una tontería. Dime, ¿sabes tú qué es el tiempo? ¿Es lo mismo el tiempo para los Kawahiba, que caminan descalzos, usan arco y flecha, y viven en medio de la selva amazónica, que para el ejecutivo de Wall Street preocupado por la caída de la bolsa en Tokio? Para mí, el tiempo es algo quieto e inclinado sobre el que resbalamos. Preguntaste por mi edad. ¿Cómo puedo saberla? Apenas sé que resbalo.

Fer: Timeo de Tauromenio realizó un acto interesante: intervino en el tiempo. Decidió medirlo usando los juegos olímpicos, que se desarrollaban cada cuatro años, y creó uno de los métodos más antiguos para conocer históricamente la cronología de los hechos. ¿Cuántas olimpiadas viviste?

Lilen: Ese Timeo sí que tenía lo suyo. Siendo así, no es posible que me niegue a considerar seriamente su sistema. Mi edad son siete juegos olímpicos. Empezando por el de Japón, que ya estaba nacida y fresquita, muy vivita y bebiendo de la teta de mi madre. El último fue hace dos años. Por lo tanto...

Fer: ¿Veintiséis años? Por supuesto, años prosaicos.

Lilen: Sí. De tus años prosaicos. Sabes de matemáticas. Otro hubiera multiplicado siete por cuatro. Eres muy despierto.

Estaba sorprendido. Creí que era mucho mayor.

Fer: No tanto. Sos una chica muy joven. Pero hablás como si tuvieras mucha más edad.

Lilen: Escribo lo que me dicta mi tía.

Fer: Es muy inteligente tu tía.

Lilen: Sí. Ella se la pasa leyendo. Es una experta en literatura inglesa. Específicamente, de la obre de J.K Rowlings. Se ha leído cuatro veces cada libro de *Harry Potter*.

Su buen humor y su ironía se contradecían con sus pensamientos sobre la angustia. Necesitaba saber más sobre ella. Di el primer paso.

Fer: Mido 1.72. Soy delgado, de pelo castaño. ¿Cómo sos?

Una larga pausa.

Lilen: Todos dicen que parezco la hermana melliza de Victoria Abril, cuando era joven. Ella, no yo. Y está un tanto pesada la bolsa. La voy a dejar.

Fer: ¿Soy una bolsa?

Lilen: ¿Tú? Tú eres un hombre. Creo. Jajaja.

Fer: ¿Querés que te mande una foto? ¿O que hablemos por cam?

Hubo una pausa larguísima.

Lilen: No quiero saber cómo eres ni cómo suena tu voz. Prefiero imaginarte. Imagíname. Y nunca vuelvas a pedir lo que acabas de pedirme. Tú y yo nunca nos conoceremos. Todo lo que habrá entre nosotros serán unas palabras escritas.

Fer: Bien.

Lilen: Hasta mañana. Buenos noches y mejores días.

Me había enamorado de ella.

El silbador

Fer: Hoy vendí un jarrón antiguo. Del siglo 19. Una legitima porcelana de Meissen, que son muy buscadas por los coleccionistas. El comprador era un tipo gordo que sudaba todo el tiempo. Tomó el jarrón entre sus manos y me dijo: «En este momento soy feliz». ¿Eso es ser feliz? ¿Tener lo que uno desea? ¿Tan fácil de conseguir es la felicidad que alcanza con un poco de dinero para comprar un jarrón?

Lilen: A veces, me pregunto si los pájaros son felices. Quizás lo sean. O, quizás, no. ¿Pero qué les importa? Solo viven. No se preguntan si son felices.

Fer: Yo sé cuándo dejé de ser feliz y cuándo volví a serlo.

Lilen: Dime.

Fer: Cuando murió mi padre, sentí un inmenso vacío. Él era como una pared en la que me apoyaba. Lo extraño. Extraño el olor del tabaco de sus cigarrillos, escucharlo silbando tangos. Extraño hablar con él.

Lilen: Háblale. Él te escucha. Te hablará, también. Poco a poco, aprenderás a escucharle.

Fer: ¿Perdiste a alguien que fuera muy importante para vos?

Lilen: Sí. A mí.

Fer: Mirá en qué momento se te ocurre hacer chistes.

Lilen: Me he desubicado. Perdóname.

¿Había hecho un chiste?

Fer: Estoy acostumbrado. Salís bien del paso con tus bromas.

Lilen: Que yo no bromeo Es que tú no me tomas en serio. Mis palabras cruzan el océano para que tú aprietes una tecla y las borres como si nunca hubieran existido.

Fer: Conservo cada palabra. Nunca borraría nada de lo que dijiste.

Lilen: Siendo así, me doy por conforme. Has dicho que sabes cuándo volviste a ser feliz. ¿Cuándo fue?

Fer: Cuando te conocí.

Hubo una larga pausa. Muy larga, más que otras veces.

Fer: ¿Estás ahí?

Lilen: Sí. Buenas noches y mejores días por venir.

Salió del chat.

El paseo

Durante seis meses, chateé con Lilen todos los días. Era lo más importante que tenía que hacer: esperar que se hicieran las siete de la tarde. Para ella, las once de la noche. Dejaba que Lautaro, el empleado se encargara del negocio hasta el cierre. Le dije que por ningún motivo me molestara. Iba a mi escritorio a las seis y

media de la tarde y jugaba solitarios hasta que se hacía la hora de conectarme.

Lilen: Cuando era niña, mi padre me llevaba de paseo. No había mucho para ver. Seguramente, él estaba cansado de hacer lo que me gustaba pero nunca se negó. Tal vez, sentía que no podía negarse. Todas las tardes, yo quería ver el faro. Ese momento en el que se encendía la luz y los barcos, confundidos por la oscuridad, veían, de repente, una guía que impediría que algo malo les pasara. Muchas veces, vi cómo los barcos abandonaban el mar y entraban al Guadalquivir esquivando la Piedra Salmedina. Hace años que mi padre dejó de llevarme. Sin embargo, sé que, todos los días, aguarda que anochezca y el faro encienda su luz para seguirla y venir hasta mí.

Fer: Es un hermoso recuerdo.

Lilen: Mis recuerdos siempre son hermosos para mí. Me hacen bien. Los malos han desaparecido. Aunque, algunas veces, en mis sueños, pretenden regresar. Entonces, me despierto y los empujo lejos de mí con los bellos momentos que viví.

—Todo en vos suena a poesía. Eso sos: poesía.

—Mira que soy crédula y voy a creerte.

—Creeme.

—Todo el tiempo exageras. Hablando de mí, exageras. Usando tu tiempo en mí, exageras. Debieras emplearlo en ir al cine, a pasear con chicas, a mirar el fútbol.

—Mi tiempo mejor empleado es chatear con vos.

—Dime, si pudieras hacer lo que te venga en gana. Como si tuvieras esa lámpara que encontró el pillo de Aladino. ¿Qué deseo pedirías?

Fer: Besarte.

Demoró en responder.

Lilen: Bésame.

Fer: Te beso en los labios.

Otra vez, tardó en contestarme.
Lilen: Siento tus labios, el calor de tu boca.
Fer: Quiero tocarte.
Lilen: Tócame.
Fer: Quiero sacarte la ropa.
Lilen: Desnúdame.
Fer: Beso y toco tu cuerpo, lentamente.
Lilen: Siento tu boca probando cada parte de mi cuerpo y tus manos dándome placer.
Fer: Comienzo a excitarme.
Lilen: No te detengas hasta que te corras en mí.

El jarrón

Fer: Pasé la noche pensando en vos.
Lilen: Cumpliste tu deseo.
Fer: No. Mi deseo es estar con vos.
Lilen: Lo estás ahora.
Fer: Verte. Estar juntos. Mirarnos a la cara. Llevamos meses así. Voy a ir a España para que nos conozcamos en persona.
Una pausa.
Lilen: Ayer...
Otra pausa. «Ayer». No siguió la frase.
Fer: ¿Seguís ahí o se cortó internet.
Lilen: Sigo aquí. Querido amigo, estos meses me has dado tanta vida que no tenía. Tanta como no podrías saber aunque vivieras mil y un años. Te aprecio mucho.
Fer: Yo te quiero.
Una larga pausa.
Fer: Te dije que te quiero.
Lilen: No puedes querer a quien no conoces. Solamente soy unas letras que ves en una pantalla. Una mujer que imaginas y

nada más en tu imaginación existe. No soy más que eso. Basta que dejes de imaginarme y habré desaparecido de tu vida.

Fer: Sos lo único que me importa. Voy a ir a Cádiz y tocaré cada puerta de la ciudad hasta que te encuentre.

Lilen: Quise decírtelo ayer. Me faltó valor. Hoy lo tengo. No puedo continuar chateando contigo.

Fer: ¿Qué pasa? ¿Fue por lo que pasó anoche?

Lilen: No. Todo lo contrario. Me sentí muy feliz haciendo que fueras feliz. Tuviste tu jarrón.

Fer: No es así. Fue muy importante para mí.

Lilen: Y para mí. Más de lo que puedas imaginar. Pero no puedo seguir con esto. Ya no.

Fer: ¿Por qué?

Lilen: Ya no. Buenas noches y mejores días por venir.

El fantasma

Al día siguiente, a la hora de siempre, me conecté. Lilen no estaba. Le envié un mensaje a su correo. Lo había cerrado. Igual que había aparecido, desaparecía de mi vida. Sentí un vacío en mí como solo lo había sentido con la muerte de mi padre.

Pocas veces había hablado de mis asuntos personales con Lautaro, mi empleado en la casa de antigüedades que heredé de mi padre. Él había entrado a trabajar a los veinte años. De ayudar en la limpieza y acomodar la mercadería, se convirtió en un experto. Tenía sesenta, y no creo que el negocio me importara tanto como a él.

—En una vieja película con Gene Tierney, la señora Muir se enamora de un fantasma. El fantasma hace lo que solamente alguien que ama mucho puede hacer: se aleja. Le habla mientras ella duerme y le dice que lo olvide, lo borre de su mente. Así, la señora Muir, al despertar, no recuerda al fantasma y consigue

vivir su vida. La señora Muir quería lo imposible: amar y ser amada por un fantasma —dijo.

—Lilen no es un fantasma.

—Como si lo fuera. ¿Qué sabés de ella? Lo que te contó. ¿Es cierto? ¿Te mintió? ¿Estás seguro que se llama Lilen? Me decís que vive en Cádiz. ¿En la ciudad o en la provincia? Si fueras, ¿pensás buscarla por todos los pueblos de Andalucía? Ni siquiera sabés cómo es físicamente.

—Dijo que era igual a Victoria Abril, cuando era joven.

—¿Qué edad tiene Lilen?

—Veintiséis o veintisiete.

—¿Y si tiene mi edad?

—Me enamoré de ella. No sé cómo explicarte. No de ella. No de su cuerpo o de su edad. No importa eso. Estoy enamorado de lo que *es.* No de su cuerpo o de la edad que tiene.

—De su alma

—Sí.

—Sos el señor Muir.

—¿Por qué tiene que haber mentido?

—¿Por qué tiene que haber dicho la verdad?

—No tenía nada que perder.

—El marido.

—¿Decís que es casada?

—Por supuesto que es casada.

—Estás muy seguro.

—De lo que estoy seguro es que esta historia llegó al final. Ella le puso fin. Dale, andá por ahí y buscate una chica de carne y hueso. Con alma, si es posible.

Me quedé en silencio.

Lautaro dio un golpe con la mano sobre el escritorio.

—Vamos, Fernando. Usá un poco de tu lógica. No sabés cómo se llama realmente. Desconocés el apellido, el sitio dónde vive, si

es verdad que se parece a Victoria Abril, si vive en la ciudad de Cádiz. ¿Hay alguna cosa que te contara de la que estés completamente seguro que sea cierta? ¿Nombró algún otro sitio además de Cádiz?

Pensé.

—Hablo del Guadalquivir.

—Cruza la provincia.

—No sé. Me contó de un faro al que su padre la llevaba a ver. El faro impedía que los barcos evitaran una piedra. La llamó «piedra». Como guardé todo lo que hablamos, me fijo en el chat y te digo el nombre.

—La Piedra Salmedina.

Me dejó mudo.

—El faro es el más alto de España y uno de los más famosos del mundo. Fue puesto ahí para que los barcos que llegan del mar puedan entrar al Guadalquivir sin chocar con un arrecife que llaman Piedra Salmedina —dijo Lautaro.

—¿Cómo sabés eso?

—Fui once veces a España a visitar a los parientes de Alile. Ya conocés la historia de todos ellos, cómo llegaron a Granada y todo ese asunto un poco raro con el tío Arturo. En uno de los viajes, recorrimos Cádiz. Me hablaron del faro. Fui a verlo. Había playas pero era invierno. Caminé un poco y me subí al coche que alquilé. Alile ni quiso bajar. Dijo que se iba a congelar. Faltaban unas horas para que anocheciera. Ni siquiera vimos cómo se encendía la luz.

—Es casi increíble que hayas estado frente al faro del que ella me habló. Es increíble que me preguntaras si nombró otros lugares, aparte de Cádiz, y que yo te lo mencionara.

—No es increíble. Hay una causa para que haya sido así. ¿Sabés cuál fue la verdadera causa por la que fui a ver el faro?

—No.

—Porque quince años después, el hijo de un hombre al que respeté y estimé mucho, iba a enamorarse de una muchacha que vivía en el pueblo donde está el faro. Ahora sabés dónde encontrarla. Ella vive en Chipiona.

La actriz

El pueblo quedaba junto al mar. Durante tres días, lo recorrí de un extremo a otro. Me daba cuenta que era una estupidez lo que estaba haciendo. A cada uno con el que me cruzaba (una mujer comprando verdura, el mozo de un bar, un viejo leyendo el diario) le preguntaba por una chica llamada Lilen, que se parecía a Victoria Abril. Nadie sabía de ella.

Era lógico que no dijera su verdadero nombre en el chat. También, era lógico que mintiera sobre su parecido con Victoria Abril. Pero le creí que visitaba el faro cuando era niña. Lo más probable es que pasara su niñez en Chipiona y se marchara después. ¿Qué podía hacer en un pueblo una mujer como ella? Seguramente, se había mudado a Cádiz o Madrid.

—¿Desde Argentina has venido a buscarla?

—Sí.

—Sabes que estás medio loco, ¿no?

Todos esos días, Arturo me había atendido en el bar. Estaba a punto de jubilarse.

—La muchacha no debe ser de acá. Nos conocemos todos y no hay nadie que se parezca a Victoria Abril.

—Eso no me importa. No me importa a quién se parezca o como es su aspecto. No sé si me entenderás. Pero es lo que piensa, la manera en que lo expresa. Es tan inteligente. Ha leído tanto. Lo que me escribió, por momentos, era muy bello, profundo. Yo le dije que ella era la poesía. No una poeta sino la poesía misma. Es demasiado hermosa interiormente. No es como las demás

mujeres. Tiene algo que la hace diferente. No conocí a nadie como ella. ¿Suena muy de loco lo que te digo?

Repentinamente, Arturo se puso muy serio.

—No. No suena tan loco. Mira, muchacho. Vuelve a Argentina. Tu país es famoso por sus mujeres hermosas.

Me puso una mano en el hombro.

—Vuelve. Allá encontrarás una mujer que valga la pena.

Decidí irme.

Cargué las valijas en el auto que alquilé.

Una mujer de unos cuarenta años, robusta, de linda cara, pasó junto a mí. La reconocí. Era una de las primeras a las que había interrogado.

—Adiós —le dije.

—¿Se marcha? ¿Le ha gustado nuestro pueblo?

—Es un lugar muy hermoso.

Sonrió. Su cara se veía saludable.

—Vuelva, entonces. Una pena que no se quede para las fiestas del carnaval. ¿No encontró a la muchacha, verdad?

—No.

—Se lo dije. No hay nadie así por aquí. Ojalá lo hubiera. Sería como tener un ángel. ¡Buen viaje!

Me subí al coche y arranqué. Faltaba una hora para que anocheciera. A la salida de Chipiona, me detuve. Regresé. Dejé el auto y fui a la playa. Comencé a caminar.

Antes de irme quería ver, por última vez, cómo se encendía la luz del faro.

Caminé por las largas playas. Estaban despobladas. Era invierno. Hacía frío.

En la playa cercana al faro había un bar al que fui todos los días esperando que ella apareciera. Si vivía en el pueblo, seguramente le habían contado que la buscaba. ¿Por eso no aparecía? O todo era más sencillo: vivía en otra parte y yo un idiota

atrás de una mujer. Mejor dicho, atrás de un sueño, una ilusión, un deseo.

No fui al bar. No quería estar cerca de nadie.

Miré hacia el mar.

¿Qué sería de mi vida? ¿Habría alguna cosa que pudiera darle sentido? Supe que el vacío dentro de mí nunca me abandonaría y que no había nada para mí que no fuera estar.

Eso solamente: estar.

Cuando volviera a Argentina, buscaría esa película con Gene Tierney. Ella había tenido su fantasma en la ficción y yo en la realidad. ¿Ficción, realidad? ¿Cuál era una y cuál la otra?

El cielo estaba cubierto de nubes espesas.

El faro encendió su luz.

El faro

Basta, pensé. Ya no podía seguir. Era el momento para irme. Tal vez, mañana, al despertar, como la señora Muir, habría olvidado todo.

La luz del faro iluminaba la calle lindera a la playa.

Desde abajo, a unos cincuenta metros de distancia, vi a una mujer de pie. Alguien estaba con ella. No podía ver bien. El cuerpo de la mujer me lo impedía. Estaban sobre la vereda costanera, junto al barandal de pilares de yeso.

Agaché la cabeza. Caminé sin levantar la vista. Al fin, volví a mirar hacia el faro. Luego, hacia el mar. El viento lo empujaba con más fuerza sobre la costa.

Me detuve. Sentía mi cuerpo como si fuera un globo que se desinflaba. Subí a la vereda.

Vi con más claridad a la mujer.

Junto a ella, había alguien sentado. Parecía un niño. Daba la impresión que la mujer lo acomodaba en el asiento.

Hacía demasiado frío como para ir con un niño a ver la luz del faro. ¿Qué hacía esa mujer con el niño?

La mujer miró hacia el mar.

Estaba a diez metros de ella. La reconocí.

Era la mujer robusta de la que me había despedido un rato antes.

La luz del faro nos iluminó.

Fui hacia donde ella estaba.

La mujer giró la cabeza hacia mí.

Le sonreí.

Ella me miró con un gesto de desesperación.

Di unos pasos más. Me detuve.

La mujer seguía mirándome.

Vi a la chica en la silla de ruedas. Vi sus cabellos rubios; su cabeza como dislocada, caída hacia uno de sus hombros; su brazo izquierdo como un palito; su pequeña mano con los dedos arqueados y rígidos; su mano derecha sosteniendo un vaso de plástico con un sorbete del que tomaba traguitos. Una frazada la cubría hasta el pecho.

La mujer robusta se movió, como si buscara que su cuerpo se interpusiera entre la chica y yo.

La mujer apretaba los labios. Sus ojos estaban llorosos y clavados en mis ojos. Parecía estar implorando.

Permanecí inmóvil.

El viento era frío.

Yo no sabía qué hacer.

Un encuentro con Miguela

La invitación

Me senté en una de las mesas del bar. Pedí un Daikiri. Él estaba en la barra. Tomaba whisky con hielo. Usaba un traje caro, sin corbata y con dos botones de la camisa desprendidos. Su cabello era canoso y con un corte muy cuidado.

Pasó bastante tiempo mirándome. Una mujer sola, a las once de la noche, en un día de semana, llama la atención. Sobre todo, si está muy bronceada y lleva un vestido blanco y corto.

Lo miré de reojo y sostuve su mirada un par de segundos. Le resultó suficiente. Se acercó.

—Perdóneme, si espera a alguien la dejo enseguida.

Parecía un hombre seguro de sí mismo.

—No espero a nadie.

—¿Puedo invitarla con otro trago?

Me sonreí.

—Todavía no comí. Si tomo más, me parece que no me va a caer bien.

—Entonces, la invitó a comer.

La cena

Su auto era un Mercedes. Fuimos a un buen lugar.

Después de un rato, dijo:

—Es raro que estés sola. Sos muy atractiva.

Había pasado al tuteo.

—Una amiga me dejó plantada. Decidí salir un rato. Pensaba volver temprano a casa. Pero, la mujer propone y el hombre dispone. ¿Verdad?

—Diría que es al revés.

—Los hombres manejan el mundo.

—En parte, es cierto. Pero las mujeres influyen mucho. En la mayoría de los casos, son las que deciden.

—¿En qué?

—En casi todo.

—Por ejemplo.

Se sonrió. Tomó un poco de vino.

No dejé de mirarlo a los ojos.

—En asuntos amorosos —dijo.

—Específicamente, ¿en cuáles?

Me divertía.

—Invitás a una chica. Ella decide si quiere o no.

—¿Quiere o no, qué?

—Bailar.

—¡Ah!. Ahora, entendí. Es verdad, me sacan a bailar y digo sí o no. Me gusta bailar. ¿A vos?

—Nunca bailé bien.

—Las apariencias engañan. Parecés un buen bailarín.

Dudó. No estaba seguro si hablaba con doble sentido.

Empecé a comer. No tenía hambre. Ya había comido antes de ir al bar. Me gustaba que tuviera que gastar plata en mí. Cuanto más costosa fuera la cuenta, mejor. Hay algo excitante en sacarle dinero a un hombre. Sobre todo, cuando lo gasta porque busca sexo.

—No debe preguntarse la edad a una mujer pero sos muy joven y no creo que te moleste decirla.

—Cuarenta.

Levantó las cejas.

—¿De verdad tenés cuarenta?

—Si no me creés, entonces, tengo veinticinco.

—Todavía, te daba un par de años menos.

—¿Y vos?

—Tengo cincuenta y uno.

—La mejor edad.

Volvió a sonreír.

—Mejor edad, ¿para qué?

—Para todo. Menos para jugar al fútbol en primera división, estar en la selección de rugby, ser primer bailarín de un ballet clásico, correr la maratón en las olimpiadas, participar en el concurso Mister Mundo; hay más pero lo dejamos hasta acá. Lo que queda lo puede hacer un hombre de tu edad.

Se puso a reír.

—Tenés muy buen humor.

—No. Al contrario, me enojó fácil. Mi analista dice que escondo rencores infantiles. Mis padres adoraban a Miki. Le daban todo lo que pedía. Su mundo giraba alrededor de ella. La convirtieron en una especie de princesa.

—¿Miki es tu hermana?

—No. Me dicen Miki, por Miguela. Soy hija única.

Se rió con ganas.

—Sos muy divertida, Miki.

—No me digas Miki. Me llamo Miguela. Odio a Miki. Me parece que no entendiste lo que dije.

No supo qué decir.

—Hay algo que me gusta de vos.

—¿Qué?

—Creés todas las estupideces que digo.

Hizo un gesto aceptando.

—Ya debieras saber que no hay que creer en las mujeres. Todas mienten.

—Vos no mentís. Hacés bromas.

—No me gusta bromear. Miento.

Me puse muy seria. Luego, mostré una ancha sonrisa.

—Seguro que nadie se aburre con vos —dijo.

—Alguien me dijo que un arquero puso una flecha en el arco y la disparó. La flecha somos nosotros. Nuestro tiempo se acaba cuando la flecha llega al blanco. Hay que aprovechar ese tiempo. Es breve. Ni siquiera sabemos en qué blanco iremos a dar.

—Eso es cierto.

—Podés decirme Miki. Me gusta que me digan así. Suena a sobrenombre de varón.

—Sos demasiado mujer.

—¿Estás seguro?

Levantó la vista del plato.

—Hoy día, nunca se sabe. Pero vos sos muy femenina. Desde la cabeza a los pies.

No le contesté. Ni siquiera sonreí. Comí otro bocado.

Él no dejaba de mirarme. Casi había terminado el plato. Sirvió más vino.

—¿Saliste con hombres de mi edad?

—Salir con chicos es como comer bananas verdes. Perdón por la comparación.

Parecía ponerse alegre con cada cosa que le decía.

—Un hombre de tu edad hace sentir segura a una chica —dije.

—¿Te sentís segura conmigo?

—Sí.

—¿Y si fuera un degenerado, un pervertido?

—Mejor.

Al mismo tiempo, soltamos una carcajada.

—Sos muy bonita, Miki. Una hermosa morocha de ojos azules. Tu cara es perfecta.

—Uso peluca y lentes de contacto.

Volvió a reírse. Demoró bastante en hacer la pregunta que le sacara la duda. ¿Yo era una prostituta de alto nivel?

—¿Trabajás?

—Soy abogada.

Se echó hacia atrás en la silla. No lo esperaba.

—¡Mirá vos! Y yo que preciso una abogada para mi empresa.

—Estoy en Douglas, Bujold y asociados. Es un bufete con la sede central en Nueva York. Para que los deje tendrías que pagar muchísimo más de lo que gano. Te conviene contratar al estudio y pedir que sea tu abogada. Me harías ganas puntos. Hace poco empecé con ellos.

—Así que, además de un buen cuerpo, tenés inteligencia. Una combinación que puede ser mortal para un hombre.

—No tengas dudas.

—Debés haber vuelto locos a unos cuantos.

—Un par de psicoanalistas me pagan una comisión por los clientes que les mando.

Se río otra vez.

—¿Qué clase de empresa tenés?

—Soy dueño de varias. Metalúrgicas, textiles. En fin, más problemas que otra cosa.

—El dinero siempre trae problemas a los que lo ganan. Pero no es ningún problema gastarlo cuando es otro el que lo provee.

—Tenés razón. Las mujeres destrozan las tarjetas de crédito de sus maridos.

—El detalle que debe considerarse es que el dinero no es solo del marido sino de los dos.

—Habló la abogada defensora de esposas.

—No te quejés de las mujeres que reclaman lo que es justo. Sos un hombre rico y con facha. Debés tener unas cuantas mujeres revoloteando a tu alrededor.

—No creas. Soy bastante exquisito. Me gustan solamente Las que son especiales. Como vos.

Hizo una pausa y dijo:

—Me gustas mucho, Miki. Mucho. A cada minuto, más.

Me mojé los labios con la lengua. Mi rouge era rojo.

Miré hacia otras mesas. Él no me quitaba la vista de encima.
—Antonio, ¿me devolvés el corpiño?
Se sorprendió.
—Me sacaste toda la ropa con la mirada.
Sonriendo, dijo:
—¿Te molesta?
Entrecerré los ojos. Los abrí. Mirándolo fijamente, le dije:
—No.

El cuadro

Fuimos a su departamento en Avenida Libertador. Un piso doce. Lo había refaccionado adaptándolo a sus necesidades. Solo había dos cuartos: el dormitorio y una gran sala, con enormes ventanales desde los que se veía el río.

Fui al baño. Tenía que prepararme. El baño tenía las paredes y el piso de mármol. Las canillas eran de bronce bañadas en oro. A los hombres como él les gusta la ostentación. Vi en el dormitorio una cama King Size y, sobre el respaldo tapizado en cuero gris, un cuadro de arte abstracto que combinaba con el color de las paredes.

Un sitio adecuado para llevar mujeres.

Puso música. Una negra cantaba blues.

Con la seguridad de haberlo hecho exactamente así otras veces, abrió una botella de champagne y me dio una copa.

—Es un lugar muy lindo. Muy apropiado para seducir mujeres aunque, cuando entran acá, ya están seducidas por vos. ¿Trajiste a muchas?

Meneó la cabeza. Respiró hondo.

—No a tantas como pensás. Casi siempre estoy solo.

Con la vista, recorrí cada sector de la habitación.

—¿Te gusta grabar videos cuando estás con mujeres?

—A veces lo hago. ¿A vos te gusta?

—Sí. Pero no con el celular. Con una buena cámara. ¿Tenés alguna en el dormitorio o acá?

—No. Pero podría ponerla.

—A las mujeres las excitan esas cosas. Todas somos un poco exhibicionistas y voyeristas.

Sin dejar que respondiera, le pregunté:

—¿Cómo se llama tu mujer?

Lo tomé por sorpresa. Dudó. Pensó en mentir. Eligió decir la verdad.

—Susana.

—Es más o menos de tu edad.

—Un par de años menos. ¿Cómo sabés?

—Por el nombre.

—Pasado de moda, querés decir. Como Antonio.

—Cuando yo tenga cincuenta van a decir que tengo un nombre antiguo. Todo se pasa moda. Menos...

—¿Menos qué?

No le contesté. Él conocía la respuesta.

Caminé por la sala. Sentía su mirada.

—Me preguntaste si salí con hombres grandes —le dije.

Miré uno de los cuadros colgados. Una copia de un Malevich.

—Perdí la virginidad con uno.

—¿Cuántos años tenías?

—Trece.

—¿Y él?

—Cuarenta. Era amigo de mi papá y me conocía desde que nací. Se ofreció a llevarme en su auto. Lo estacionó en una calle oscura y empezó a tocarme.

—¿Te violó?

—No diría eso. Me gustó lo que me hizo. Seguí viéndome con él durante cinco meses. Me llevaba a un departamento como

este. Claro que sin tanto lujo. La mujer sospechó que tenía una amante y cortamos. Por supuesto, la mujer nunca hubiera imaginado que era yo. Me había visto andando en triciclo.

Yo no había dejado de caminar por la sala ni él de mirarme de la cabeza a los pies.

La historia lo había excitado más. A los hombres de su clase los atrae el morbo. Un viejo con una nena resulta estimulante.

Me detuve frente a otro cuadro.

—Kandinsky. Te gusta el arte abstracto.

Sabía que los cuadros habían sido puestos por el decorador haciéndolos combinar con los colores de los cuartos. Él no diferenciaba uno del otro.

—Sabés mucho de pintura. No cualquiera sabría reconocer al autor de un cuadro como ese.

—No, no sabría.

—¿Te gusta?

—No. Para nada. Son líneas y colores puestos sin sentido. Aunque, después, el artista y los marchand lo inventen. Me gustan los pintores del barroco, como Caravaggio. Me fascina *Judith y Holofernes*. Judith se ve tan joven, el cabello recogido, una fuerte sensualidad contenida, y tan segura y convencida de lo que hace. Es una obra que quedaría muy bien en esa pared. Crearía un clima apropiado.

Estuve a punto de reírme. Antonio no sabía de lo que estaba hablando. Debe haber pensado que Judith y Holofernes estarían desnudos en una cama.

Como no podía sostener la conversación, recurrió a un tema remanido. Dijo:

—En una película, el tipo le pregunta a la chica qué salvaría en un incendio: al pajarito o a un Picasso. ¿A quién salvarías?

— A mí.

Me senté en un sillón. Lejos de él. Crucé las piernas. Mi vestido subió hasta mi muslo.

Se quedó de pie. Mirándome en silencio.

Mordí la uña de mi dedo índice. Lo toqué con la punta de la lengua.

Pensé que un hombre como él sabe qué hacer con una mujer en la cama.

—¿Tenés una amante?

—Ya te dije. No te niego que tuve alguna que otra relación. Pero no me paso la vida con amantes.

Moví mi pie en el aire. Las sandalias permitían que los pies se vieran, estaban apenas cubiertos por una par de cintas de cuero negro que los sujetaba.

A él lo excitaban los pies. En el bar, mientras estaba en la barra, no dejaba de verlos. Soy muy meticulosa y siempre tengo mis manos y mis pies impecables. Se conoce a las personas por la forma en que cuidan sus manos, sus pies y sus dientes.

—¿Pensaste en divorciarte?

La pregunta lo incomodó.

—A veces. A lo mejor lo hago.

Mintió.

—Los hombres nunca quieren darle la mitad de la plata a sus esposas. En los divorcios, lo que más le duele es la billetera. ¿Si tu mujer quisiera quedarse con tu dinero? ¿Se lo darías?

—Es la clase de mujer que nunca se divorcia. La conozco bien.

—Ningún hombre sabe cómo es una mujer.

Se acercó. Me deseaba.

—Me gustaría saber cómo sos vos —dijo.

—Soy una mujer, te diría, diferente.

—Eso ya lo sé. Basta con mirarte y estar un rato con vos.

—¿Me estás comparando con otras?

—Ni se me ocurrió.

Toqué uno de mis aros. Volví a mirar cada rincón de la sala. Lo miré a él a los ojos.

—Contame cuál fue tu amante preferida.

—Ninguna. Todas fueron relaciones pasajeras.

—Puedo esperar a que me cuentes.

—¿Sos curiosa o te excita?

—¿Quién sabe? Algunas cosas se conocen poco a poco. Otras, de repente, de manera imprevista.

Si estiraba la mano, podía tocarme.

Me levanté. Esquivé su cuerpo.

Caminé hasta uno de los ventanales. La luna se reflejaba en el río. A lo lejos, se veía la luz de una boya.

Se puso a mis espaldas. Me desprendió el cierre del vestido.

La espalda

El vestido quedó en el piso.

Él me besaba en los hombros.

Me aparté de él.

—Sentate —le dije.

Obedeció como si le hubiera dado una orden.

Llenó su copa de champagne. Se sentó a esperar cómo me desnudaba muy despacio frente a él. Estaba segura que imaginaba eso.

Le di la espalda. Abrí mi bolso.

Sin darme vuelta, le dije:

—La vida da sorpresas. A lo mejor, recibís una sorpresa.

Me bajé un bretel del corpiño.

—De chica, tuve un perro. Era feliz cuando le daban un hueso. Estás viendo cómo me desnudo. ¿Te hago feliz?

—Mucho, nena. Te aseguro que mucho.

—Quiero que te sientas feliz.

Me bajé el otro bretel.

Sabía que comenzaba a acelerarse su respiración.

Le dije:

—Supongamos que te dijera que cobro por hacer esto.

Soltó una risita. Lo creyó parte de un juego previo. Y era así.

—Nena, por ese cuerpo te pago lo que quieras.

Desabroché el corpiño. Dejé que cayera al suelo.

—¿Cuánto pagarías por mí?

—¿Hablás en serio?

—Sí.

—¿No sos abogada?

—Soy otra clase de profesional.

Se quedó en silencio. Estaba demasiado excitado como para retroceder. Con la voz cargada de su deseo, dijo:

—Cinco mil dólares

Verme de pie, de espaldas, solo con un culote transparente y tacos altos, lo tenía a punto de babearse. Me gustaba hacerlo sentir así. Me gustaba excitarlo. Sentir que me deseaba. Saber que estaba dispuesto a pagar por tenerme una noche.

—Es poco —dije.

—Diez mil dólares.

Meneé la cabeza.

—No te preocupes. Ya pagaron mis honorarios.

—¿Sí? ¿Quién te los pagó?

—Tu mujer.

Me di vuelta. Le pegué un tiro en la frente.

Un encuentro con Varenka

El viejo

—Hola. ¿Sos el novio de Madi?

—Sí.

Me tomó de sorpresa. Estaba leyendo una novela.

—Soy Varenka. ¿Cómo estás?

Se inclinó dándome un beso en la mejilla.

—Madi me dijo que te habló de mí.

Titubeé.

—Sí, claro —mentí, no sabía quién era.

—Me pidió que te dijera algo.

—Sentate.

Estábamos en el bar frente a mi trabajo, en la mesa junto a la ventana.

—Tenés un poco de acento extranjero. ¿Dónde naciste?

—Es raro que Madi no te lo dijera. Nací en Ekaterimburgo, es una ciudad de Rusia, a orillas del Iset. Vine a los diez años con mis padres.

El mozo se paró junto a la mesa. Pedí otro café para mí y uno para ella.

Varenka era pelirroja, con una linda cara pecosa y enormes ojos azules.

Hablamos de su llegada a Argentina y de su trabajo como traductora, esperando que el mozo sirviera los cafés.

—¿Qué tenés para decirme?

—Te lo digo rápido: Madi te dejó. Se va a Uruguay con Manuel. Pasan el fin de semana allá.

Quedé congelado. Hacía dos meses que me había puesto de novio con Madi.

—¿Quién es Manuel? —pregunté. Mi voz sonó ahogada.

—Es un viejo amante de Madi. Salieron cuando ella tenía diecisiete. Estaba loca con él. La mujer se enteró, la fue a buscar y le dio un paliza en medio de la calle. Manuel la dejó. Ella se deprimió y terminó sacándose el bebé.

—¿La dejó estando embarazada?

—Para mí es una basura ese viejo. No sé cómo Madi pudo volver a estar con él. El viejo se separó, la llamó y esta pelotuda salió corriendo a buscarlo.

—¿Por qué le decís viejo? ¿Cuántos años tiene?

—Tenía cincuenta y dos cuando salió con Madi. Pasaron doce años, así que debe andar en los sesenta y cuatro.

—Es viejo para Madi. Le lleva treinta y cinco años.

—Lo que te dije. A ella no la puedo entender. Manuel es un viejo degenerado. Él fue el que la inició en el sexo grupal cuando la llevó a Brasil.

¿Hablaba de Madi? ¿La chica que yo conocía?

—Perdón. Me fui de boca. No quiero lastimarte más de lo que estás. Veo que no sabías nada.

—Nunca se conoce del todo a alguien.

Afirmó con la cabeza.

—Madi siempre fue muy inestable pero creo que con vos intentó cambiar. Me dijo que se estaba esforzando por quererte.

¿Se esforzaba por quererme?

—Me consta que trató de ser una buena novia. Eras el hombre ideal para sacarla de toda esa mierda en la que siempre anduvo metida. Te juro que es así. Mirá que yo la conozco desde que salió de rehabilitación y nunca la vi tan tranquila como estando en pareja con vos.

—¿Estuvo en tratamiento?

Se echó hacia atrás en la silla.

—¿No te contó?

Se mordió el labio meneando la cabeza.

—Debe haberle dado vergüenza. Viste cómo es. No tiene problemas en que le saquen fotos desnuda ni que la graben teniendo sexo pero en algunas cosas... No sé qué decirte. Siento que estoy metiendo la pata.

—Al contrario —le dije—. Contame.

Pareció dudar.

—Bueno —dijo—. ¿Me pedís otro café?

El escarbadiente

—Le pasa a muchos. Tuvo problemas de anorexia y bulimia. Fumaba porros, consumía coca. En una orgía en casa de Ángel tomó una sobredosis y entró en coma. Después que se salvó, un juez intervino y la mandó a una quinta de rehabilitación para que se tratara. Estuvo dos años internada.

—¿Quién es Ángel?

—Otra basura. El que le vendía la droga. Cuando Madi no tenía plata se la daba si se acostaba con tipos.

—¿La hacía trabajar? ¿Madi cobraba por sexo?

—Sí. Pero eso fue antes que yo la conociera. La conocí cuando tenía veinte.

Tomó un poco de café.

—Al salir de rehabilitación estaba flaca como un escarbadiente. Le costó recuperarse. Viviana la ayudó mucho. Pintar y las artesanías le sirvieron para rescatarse.

—No sé quién es Viviana.

—¿Tampoco te contó de Viviana?

—No.

Me miró con lástima.

—Hasta acá llego. Olvidate.

—Quiero que me cuentes todo.

—¿Estás seguro?

—Es muy importante para mí saber cómo es ella realmente. Es como si hubiera estado enamorado de un espejismo.

—Te entiendo. A mí me pasó lo mismo con Charly. Pero no viene al caso. Preguntaste por Viviana.

—Sí.

—Madi y Viviana eran muy amigas. Muy.

—Sí, eran amigas. ¿Y qué hay con eso?

—Te lo digo y bancatela, vos lo pediste. Madi perdió la virginidad con Viviana. Con el dedo. ¿Entendés? Viviana es lesbi.

—¿Me estás jodiendo?

Se puso muy seria.

—¿Creés que puedo estar tomando en broma esto?

—Fue una forma de decir. ¿Querés decir que Madi se acostaba con Viviana?

—Lo lamento.

—Contame todo lo que sepas.

—Viviana la sedujo. Madi era muy chica. Imaginate, a los trece años no se está segura de nada. Viviana era amiga de la madre y pasaba mucho tiempo en la casa. Una tarde se quedaron solas y ahí se dio.

—¿Amiga de la madre? ¿Qué edad tiene?

—Unos cincuenta y cinco. A Madi le gustan los viejos. Debe ser por eso que le pasó con el padre. Esas cosas te joden la vida. El padre era un hijo de puta. Bien que hizo la madre de Madie de cortarle la cara.

—¿Hizo eso?

—¡Ah, no! Mateo, perdoname pero si no te contó que la madre estuvo presa por intento de homicidio, no sé qué clase de relación pudieron tener ustedes.

—Es lo que me estoy preguntando.

—Yo nunca me imaginé que ignorabas todo sobre la vida de Madi. Ni siquiera me avisó que te ocultaba todo. Creí que vos la

conocías bien y la aceptabas así. Pensé que eras de mente abierta y no te importaba su pasado. Te doy mi palabra que si hubiera sabido que Madi se guardó todo no venía. Me siento muy mal. Te hice mierda sin querer.

—No voy a engañarte. Estoy destrozado pero lo prefiero a vivir con una mentira.

—Sos un buen tipo. Estoy segura que ella te apreció bastante a pesar que no se llevaran bien en el sexo.

—¿Dijo eso?

Miró por la ventana. Volvió a mirarme.

—No. Eso se me ocurrió a mí. Una boludez que dije.

—Sabés bien que lo dijo ella.

—Hasta acá llegamos. Si querés saber el resto, encontrate con Madi y que te lo cuente. No me gusta lo que estoy haciendo. Es muy feo.

Se puso de pie de golpe. Tomó su bolso.

—¿Te vas? —alcancé a decir.

No me respondió. Fue hacia la puerta. Se detuvo. Giró. Volvió a sentarse. Sacó el celular.

—Llamala. Mandala a la mierda. Se lo merece. Es una guacha. Siento que me usó. Te lastimé de gusto. Ahora no me importa nada de nada. Si querés saber todo, enterate que te metió los cuernos y se acostó con tu amigo Gonzalo.

—¿Con Gonzalo?

Se la veía desencajada. Afirmó con la cabeza.

Marcó el número. Me pasó el celular.

—¿Qué haces, loca? —dijo Madi.

—Soy yo.

Se quedó en silencio.

—Me mentiste en todo. ¡Sos una hija de puta!

Quería seguir diciéndole muchas más cosas No pude. Varenka me quitó el teléfono de la mano.

—Nos vemos en un rato —le dijo a Madi.

Se puso de pie. Marcó un número. Sonó mi celular.

—Es un mensaje. Me lo envió Madi antes que me encontrara con vos.

El mensaje decía:

«Si creés todos los inventos de Carolina, sos un pelotudo. ¿Cómo podés pensar que yo sea así? No quiero volver a verte»

—Carolina soy yo. Madi es muy insegura. Se la pasa poniendo a prueba a todos. Vos te fuiste a la lona.

No me dio tiempo a nada. Sin ningún acento ruso, dijo:

—Que te sirva de lección: nunca te dejés llevar por lo que diga una mujer de otra mujer. Eso sí, reconocé que soy muy buena mintiendo... ¿Viste qué bien me sale la rusa?

Se fue caminando apurada.

Un encuentro con Cloe

La hamburguesa

—¿Cuánto tiempo duerme un caballo?

—No tengo idea —le contesté.

Acababa de conocerla. Nos presentó Martina. Éramos un grupo que, dos o tres veces al mes, nos reuníamos para comer, jugar algunos juegos y conversar toda la noche. Cloe se adaptó enseguida. Era muy bonita, con un largo cabello rubio, delgada, de estatura mediana, y cierto aspecto frágil que se contradecía con su seguridad al hablar.

—Alrededor de cuatro o cinco horas. El resto del tiempo está alerta. ¿Sabías que sueñan?

—La verdad que no.

—Hacen ruidos, a veces, relinchan dormidos. Tienen una gran sensibilidad. Captan lo que sucede alrededor. Se dan cuenta de lo que siente su jinete: si está deprimido, asustado, con algún enojo. Son muy leales y, seguro, el más noble de todos los animales. ¿Sabés por qué te digo todo esto?

—Porque sabés de caballos.

—No. Te lo digo porque la hamburguesa que estás comiendo está hecha con carne de caballo.

Me sonreí. Ella no.

—¿Y cómo sabés que es carne de caballo?

—Por el olor. La carne de vaca huele distinto.

No sabía si estaba bromeando.

—No es nada raro —dijo—- A mucha gente le gusta. En el siglo 19, en Francia, abrieron carnicerías en las que se vendía carne de caballo. ¿Cuál es la diferencia entre comerse una vaca o un caballo? La carne de caballo es muy parecida a la de ternera.

—El caballo es otra clase de animal.

—Y sí. Me di cuenta.

—Quiero decir que es como dijiste, está domesticado, convive con el hombre.

—Las vacas también.

Llevó su hamburguesa a la boca y comió otro pedazo. Pero no era una hamburguesa. Entre los dos panes, había tomate, lechuga y alguna otra cosa que no pude ver.

—Entendí. Sos vegetariana.

—No soy asesina ni cómplice de los asesinos. El que mata a un animal es un asesino. El que no lo mata pero se lo come, es un cómplice.

Me quedé callado. Ella soltó una carcajada.

—Así se arruina una comida —dijo sin dejar de reírse—. Dale, seguí comiendo. No tengo la menor idea si tu hamburguesa está hecha de carne de vaca o de caballo.

Hice un gesto. Lo entendió. No fue necesario decir nada.

—Era una broma —agregó poniendo cara de angelito.

—¿Puedo comer tranquilo?

—Comé y sé feliz.

Terminé la hamburguesa.

Ella se levantó. Antes de ir al baño, dijo:

—Es carne de caballo. Te comiste la parte del culo.

La experta

—¿Tu amiga conoce algo de animales?

Martina me contó que Cloe era bióloga, experta en etología y psicología experimental. Hablaba siete idiomas, había hecho trabajos muy importantes sobre conducta animal en Nueva Zelanda y Madagascar. Tenía veintisiete años, estaba en Bahía para trabajar como profesora en la universidad y hacer unos estudios sobre la fauna patagónica. Yo también era profesor en la universidad

pero en la facultad de letras. Por supuesto, ella era una experta en la vida de los caballos.

—¿De verdad que distinguís la carne de vaca de la de caballo por el olor?

—Cualquier cocinero sabe si es carne de pollo o pescado lo que está en el horno. —dijo.

—Tenés muy buen olfato. No entiendo cómo llegaste a saber cómo huele la carne de caballo asada sino la comiste.

—Sé cómo huele la carne de caballo cocida de la misma manera en que vos sabés cómo huele la mierda aunque nunca la comiste con mostaza.

Me miraba a la cara, miraba mis manos, mis rodillas. Parecía estar estudiando mi actitud corporal. O era lo que yo imaginaba. La verdad es que no estaba muy seguro de lo que hacía una etóloga y psicóloga experimental. Para decir algo le pregunté cuánto tiempo llevaba sin comer carne.

—Mis viejos me inculcaron el asesinato de animales como forma de vida. Crecí entre asesinos y me pareció normal. Un día me di cuenta que era algo horroroso.

—¿Cuándo fue eso?

—Era chica y vi algo feo. Hace veinte años.

—Debe haberte impresionado mucho lo que viste.

—Fue como si hubiera visto una corrida de toros. Un asesino, que se caga en las patas si está solo con un toro miura, se mete en la arena, espera que picaneen al toro una docena de tipos tan asesinos como él. Y, cuando el toro está cansado y sin los cuernos con los que nació porque se los limaron, le clava una espada. El público aplaude. Un buen espectáculo.

—Un español me explicó lo de las corridas de toros. Tiene su sentido y es parte de la tradición.

—Todo lo bueno y lo malo es parte de la cultura. Y seguirá siendo así.

—Los defensores de animales culpan al hombre de destruir el ecosistema. Vos hablás como si el mundo fuera así y nada pudiera cambiarlo.

—El hombre nace asesino. Eso no se puede cambiar. Es su naturaleza. Lo único que puede hacerse es tratar que un tipo comprenda algo simple: ¿vale la pena matar a ese?

—¿Tiene la culpa el león por matar a un animal?

—El león mata porque no sabe cómo vivir de otra forma. Sin embargo, hay leones vegetarianos.

—Nunca escuché de un león vegetariano.

—Tengo videos que podrías ver. Pero recién te conozco y no tenemos suficiente confianza.

—No se precisa tener mucha confianza para ver videos de animales. Me los podés mandar a mi celular.

—¿De animales? Yo hablaba de otra clase de videos.

Me quedé en silencio. Me había sorprendido.

—Es un chiste —dijo.

—Me imaginé.

—Te imaginaste mal. Es en serio. Pero si te gusta con animales, ¿querés ver un video en el que estoy teniendo sexo anal con un orangután?

—Sí, claro —dije, bastante inseguro.

—Te va a encantar. Le estoy metiendo un palo en el culo al orangután. Era un orangután puto.

Me reí.

—Che, vos sos bastante descreído de todo, ¿no?

El juego

Nos interrumpieron para jugar a «Dígalo con mímica». Cloe estaba en mi equipo. Adivinábamos películas. Ella fue la primera en representar. Le tocó *Medianoche en el jardín del bien y del*

mal. Para cualquiera de nosotros era un título imposible de escenificar. Para ella, fue fácil. Movía sus manos y su cuerpo con la destreza de un mimo. Nos hablaba con su cuerpo. Era fantástico verla y había que ser muy estúpido para no entender la palabra que estaba interpretando. Además, le bastaron unos pocos gestos nuestros para sacar las películas que nos tocó actuar. Desde ya que ganamos. Tendría que decir: ganó ella sola.

—Viste muchísimas películas. Las conocés a todas —dije.

—No, al contrario. Vi muy pocas. Memorizo los nombres para cuando juego a «Dígalo con mímica».

—¿Hablás en serio?

—¿Dudás de mi palabra?

—No. Está bien. Puede ser como decís.

—Pero no es como digo. ¿Viste que tenías que dudar de mi palabra?

Roberto hacía un año que estaba divorciado y se había pasado todo el tiempo mirándola. Se ingenió para sentarse a su lado. Era simpático y dijo algunas cosas graciosas.

—¿Te gustaría ir a ver un partido de básquet? Mañana juega Estudiantes.

Me sentí molesto. Ella le dijo:

—Muchas gracias. Pero mañana nos vamos con él de viaje.

Roberto me miró levantando el pulgar. Con la cola entre las patas, se levantó y volvió al sillón donde había estado sentado.

—Mañana voy a tener que esconderme.

—¿Por?

—Para que no me vea Roberto.

—No te va a ver. Nos vamos de viaje.

Otra vez, me sorprendió.

—¿Adónde?

—A Coronel Pringles.

—¿Va en serio?

—No te voy a hacer levantar a las ocho de gusto. Te paso a buscar por tu casa.
Estaba confundido pero seguí adelante como pude.
—¿Para qué vamos?
—A boludear. ¿Venís?
—Sí, más bien.
—Cuando hablaba con tu amigo me di cuenta de algo.
—¿De qué?
—Quise decir tu nombre pero no me acordé. ¿Cómo te llamás?

El viaje

Fue puntual.
—Buen día —dijo.
Estaba sentada en un jeep Willys modelo 1944.
—¿Vos pensás que vamos a llegar en esto?
Hizo un gesto como diciendo que no hablara idioteces. Era la primera vez que me subía a uno y que iba a viajar en un descapotable sin puertas. Arrancó.
El jeep no daba más de ochenta kilómetro por hora. Cloe mantuvo el pie apretando el acelerador a fondo todo el viaje. Cuando estábamos cerca de Coronel Pringles, sin disminuir la velocidad, abandonó la ruta y se metió en un camino de tierra. A esa altura, estaba convencido de dos cosas: ese jeep era el mejor vehículo del mundo y ella estaba loca.

La escalera

Frenó de golpe. Me fui para adelante. Estuve a punto de atravesar el parabrisas.
—¡Eh! ¿Dónde vas? —dijo.
Soltó una carcajada.

—Si no avisás...

—Dejate de joder y bajá.

De un lado del camino, había un campo con vacas; del otro, una alambrada de púas y un campo con lomas.

—Agarrá la escalera.

—¿Qué escalera?

—Viajás más de cien kilómetros con una escalera atrás tuyo y no la ves. ¿Qué hiciste todo el viaje?

—Pensar que no nos matáramos.

—Che, qué poca confianza me tenés. Dale, trae la escalera.

Era una de esas escaleras plegables, de pocos peldaños. Cloe estaba junto a la alambrada.

—Ponela acá —dijo.

La abrí al lado de la alambrada.

Subió los cuatro escalones, se paró en el último y saltó por encima de la alambrada.

—Subí y saltá, así no te pinchás los huevos con las púas.

El largavista

Comenzamos a subir una loma. Estábamos en una estancia. Cloe iba adelante. En la espalda, cargaba una mochila. Cantaba canciones de rock. Tenía buena voz y era agradable escucharla. De repente, se tiró al piso.

—Tirate —me dijo.

Le hice caso. No sé si estaba haciendo todo lo que me pedía porque ella me gustaba mucho o por la curiosidad de saber qué íbamos a hacer.

—¿Qué estamos haciendo?

—Callate, boludo. ¿No podés quedarte en silencio? —dijo.

Abrió la mochila. Me dio un largavista.

Los mirones

Ella tenía su largavista y recorría el campo como si buscara algo. Pareció encontrarlo. Hizo una seña con la mano, indicándome hacia dónde mirar.

Entonces, vi al ciervo.

Comía el pasto. Al levantar la cabeza, su cornamenta parecía la corona de un rey. Dio unos pasos. Sus patas se movían como si no quisieran aplastar las hierbas. Aumenté el acercamiento en el largavista. Su color era pardo rojizo. Sus ojos, muy oscuros y almendrados. Me transmitía una profunda sensación de inocencia, de paz. Sentí el impulso de ir hacia él y acariciarlo.

De repente, pareció haber recibido un golpe invisible. Tambaleó; sus patas se aflojaron, no pudieron sostenerlo y cayó al suelo. Intentó alzar la cabeza, sus patas se movieron en un intento inútil por ponerse de pie. No pudo. Quedó tendido. Lo veía respirar con dificultad.

Lo estaba viendo morir.

Cloe me tocó el brazo. Señaló en otra dirección.

Vi al cazador. Con su rifle, iba hacia el ciervo.

La bandera

Cloe sacó una bandera argentina de la mochila.

—Agarrá y ponela sobre tu cabeza.

Se puso de pie. Hice lo mismo. Comenzamos a caminar sosteniendo la bandera encima de nuestras cabezas.

—¿Me trajiste para un acto de protesta?

—¡No, que protesta! Es para que estos pelotudos no nos confundan y nos peguen un tiro.

Estábamos en un coto de caza.

—¿No era mejor un trapo blanco?

—Mi vieja ponía la bandera en el balcón todos los 25 de mayo y los 9 de julio. Me la guardé y la llevo para todos lados, como una especie de amuleto, diríamos. En este caso, nos sirve. No es lo mismo que nos maten envueltos en un trapo que en la bandera. Por lo menos, parece que morimos como patriotas.

Vimos algunos cazadores. Nos miraban extrañados.

—Casi todos son yanquis y europeos—dijo.

Llegamos cerca del ciervo.

Dos cazadores estaban a su lado. Uno de ellos, le tocaba los cuernos. El otro nos vio llegar y sonrió.

—Cada día estás más loca —dijo.

Era un hombre de unos cincuenta años, cabello rubio y corto, bastante alto. Como los demás, usaba sombrero y una chaqueta de varios bolsillos. Puso el rifle sobre su hombro.

La saludó con un beso.

—¿Se puede saber qué hacés acá? —preguntó.

—Me dijeron que venías y aproveché para verte. Tuve suerte. Hace tres años que no te veo y te encuentro en el momento justo en que mataste al ciervo.

—¿Y qué hacés con la bandera? ¿Vienen a protestar por la matanza de animales?

Se rió.

—No. Para que nos vean bien y no nos caguen a tiros.

—Podrías haber usado un trapo cualquiera.

—Sí pero a Martiniano se le ocurrió traer la bandera. Le dije lo mismo que decís pero siempre hace lo que se le canta. Me tiene cagando. Marti es mi novio.

—Qué bien. Un novio patriota —dijo como una gracia.

—Marti, te presento a mi papá.

Miré hacia el ciervo.
El otro cazador preparaba la cámara fotográfica.
El padre de Cloe me extendió la mano.
Me quedé quieto. Metí mi mano en el bolsillo de la campera, le di la espalda y comencé a caminar.

El regreso

—¡Eh! Agarrá.
Cloe estaba atrás de mí. Me daba una punta de la bandera.
Llegamos a la alambrada. Alcé la escalera y la puse de nuestro lado. Ella subió y saltó. Hice lo mismo.
El jeep arrancó. No habíamos dicho una sola palabra en todo el trayecto.
—Podés decirlo si querés —dijo sin quitar la vista del camino.
Respiré hondo. Sentía odio y pena.
—No hace falta. Como dijiste, son costumbres —dije.
—Está noche se comen al ciervo.
Cloe se sonrió.
Me quedé callado. Estaba profundamente abatido.
—Me gustó lo que hiciste. Te voy a considerar como posible novio.
—Bueno.
—Mañana vamos al matadero y vemos cómo le dan un garrotazo a la vaca y le parten la cabeza.
—Es lunes y tengo que dar clases —dije.
Frenó de golpe. Otra vez, casi salgo por el parabrisas.
—¡Epa! ¡Qué costumbre fea! ¡Quedate quieto en el asiento!
—Al matadero no voy.
—No seas boludo. Era en joda.
Me tomó de la cara con las dos manos me dio un beso en la boca. Por unos segundos, me miró a los ojos. Volvió a besarme.

Nos besamos durante un rato. Se apartó. Arrancó el jeep. Aceleró a fondo. Me agarré de donde pude.

—Ahora sé que sos un buen tipo, así que te voy a dejar ser mi novio. No me lo agradezcas.

Empezó a lloviznar.

—Pará y ponemos la capota.

—No tengo capota.

La miré de reojo.

—Y mañana vamos al matadero —insistió.

—Te dije que no voy.

—Entonces, me perdés. Me pongo de novia con tu amigo que no me acuerdo cómo se llama.

—Yo tampoco.

Llovía más fuerte. Nos estábamos empapando.

Dobló tomando la ruta sin bajar la velocidad. Casi me caigo del jeep.

—¡Marti, quedate quieto!

Recuperé el aliento. Le dije:

—No me llamo Martiniano, soy Mariano.

—Sos raro. Todos los días tenés un nombre distinto.

Iba a contestarle. De pronto, me di cuenta que me sentía aliviado. Ella era muy inteligente. Sabía lo que debía hacer. Mi angustia se había calmado. La miré.

—Ya estoy mejor —le dije—. ¿Sabés? Acabo de entender todo lo que hiciste.

—¿A lo largo de mi vida?

—No, conmigo.

—Lo que hice con vos se llama besarse.

—No hablo de eso. Sabés bien de qué hablo.

—Vos sos medio rayado, ¿no?

—No soy tan boludo. Te descubrí.

—Anoche me elegiste. Roberto y yo éramos los dos únicos que estábamos solos. A mí se me ocurrió defender las corridas de toros y ahí te decidiste por mí.

—¡Qué interesante!

—Tenías todo preparado para tu experimento.

—¿Qué experimento?

—De psicología experimental.

—¿De qué?

—Viniste hasta acá conociendo muy bien el trayecto. Te saliste de la ruta para tomar el camino de tierra sin vacilar. Llegaste a la estancia y no dudaste ni un segundo en que era esa. Podía ser cualquier otra. O sea, viniste muchas veces.

—¿Y qué pasó después?

—Montaste la escena. La escalera, la loma. Me pusiste en el lugar justo para que pudiera ver al ciervo y al cazador. ¡Oh, que casualidad! Ni diez metros más allá ni diez metros más acá. Justo en el punto ideal de observación.

—Esto mejora.

—Me presentaste a un tipo con el que estás de acuerdo y me dijiste que era tu viejo. Es uno del campo que usás como cómplice. Ahí estudiás la reacción que tienen tus conejitos de indias cuando se encuentran con lo que vos llamás «el asesino».

—¡Buenísimo! ¿Y qué pasa al final?

—Estás haciendo un trabajo no sé bien sobre qué. Pero estoy seguro que se trata de analizar las reacciones humanas frente a la muerte de un animal inocente y lo que hace cuando tiene al «asesino» adelante. Puede que, también, te sirva lo que opina cuando matan al ciervo. Y sabés bien que al ciervo lo mató el otro tipo. El que estaba al lado y se preparaba con la cámara. Ese no sabía nada de tu experimento.

—¿Todo eso se te ocurrió a vos solo o tenés un equipo de asesores?

—Tan boludo no soy, ¿no?

La broma

Cloe se puso a reír.

—Hay algo que falla en la novela que te hiciste.

—Decime qué.

—Yo soy tarotista y astróloga.

Demoré en reaccionar.

—Vos sos bióloga, especialista en enología. Estudiás a los animales en su medio ambiente. Y, además, la relación de los hombres con los animales.

Lo primero que hice al llegar a casa la noche anterior fue ir a internet y salir de la duda sobre lo que se dedicaba a hacer un enólogo y psicólogo experimental.

Ella se siguió riendo.

—Martina escuchó lo de la hamburguesa de caballo y te hizo una broma sobre lo que yo era. Me contó y me pidió que no te dijera nada. Lo único verdadero es que soy proteccionista de los animales. Lamento que no puedas ser un *Agato* Christie. Me mudé a Bahía porque quería irme lejos de Felipe, un novio que tuve en Chivilcoy. Cinco años de novia y el pelotudo me dejó y se casó con una gorda culona que llegó de Arrecifes. Para colmo, vivía a una cuadra de mi casa. Me fui a la mierda. Mira si voy a estar viendo cómo tiene hijos y sale a pasear con esa groncha con cara de sapo. ¿A vos te parece? Con lo bella que soy, me dejó por una que parece una ternera.

El piso del jeep se estaba llenando de agua. Llovía a torrentes.

Cloe seguía con el pie pisando a fondo el acelerador.

—Sí, ¿y cómo conocés tan bien la zona y la estancia?

—Nací en la estancia. MI viejo era el mayordomo. Se separó de mi vieja y nos mudamos a Chivilcoy. Mi vieja se volvió a casar y vive en Buenos Aires. Nos fuimos mucho antes que la estancia se vendiera a la empresa que la explota ahora. La empresa puso el coto de caza. Mi viejo se encarga del coto. Es cazador. Salían con el dueño de la estancia a cazar. Había ciervos pero no tantos como ahora.

¿Decía la verdad?

Estaba echa sopa pero parecía estar muy divertida.

—No soy etnóloga.

—Enóloga. Etnólogos son los que catan vinos.

—Lo mismo.

—¿Cómo puedo saber si me estás diciendo la verdad?

—Preguntá en la facultad si conocen a Daniela Villaverde.

—¿Quién es?

—Yo, boludo, ¿Quién va a ser?

—¿No sos Cloe?

—Mi viejo me puso Daniela por Daniel Boone, el cazador.

Me hizo reír.

—¡Te cuento mi sufrimiento y te reís en mi cara!

—No me reí de lo que pasó con tu novio sino que tu viejo te pusiera Daniela por Daniel Boone.

—¡Ese es mi sufrimiento! Felipe que se vaya a cagar ¿Qué me importa si ya tengo otro novio?

—¿Tenés novio?

—¿Me tomás para la joda? Mi novio sos vos. ¿O te desilusioné porque no soy etnóloga?

—Enóloga. Y no me desilusionaste.

—¿Entonces, sos mi novio?

—Sí.

Me alegré al decirlo. Ella estaba loca pero me encantaba.

La lluvia caía a baldazos.

—Conmigo te ganaste el primer premio de la lotería. Hoy no porque tengo que visitar a una tía que vive en Bahía pero mañana te hago la carta natal. Cuando lleguemos, sacá el papel higiénico que está en la guantera y me anotás el día, el mes, el año y la hora que naciste.

—Antes, jurame que sos astróloga y tarotista.

—¡No te juro nada! Creé lo que quieras. Vos sos un psicópata.

—Paranoico querrás decir.

—Lo mismo.

La facultad.

Al día siguiente, fui a la facultad y pregunté por ella. No la conocían. La busqué a Martina.

—¿Qué joda? Es bióloga en serio —me dijo.

—Si no sabe si se dice enóloga o etnóloga.

Martina se puso a reír.

—Es divina. En tan poco tiempo y ya te enloqueció.

—No sigas con la broma. Cloe es tarotista y astróloga. Habló de los signos y sabe mucho. Además, y me da vergüenza decirlo, fui a la facultad y no conocen a ninguna Daniela Villaverde.

Martina se rió a carcajadas.

—¡Es una genio!

Me dio un beso en la mejilla y se despidió. Ella también daba clases y tenía una en media hora. Se fue tan rápido que no tuve tiempo de preguntarle dónde estaba viviendo Cloe.

Desde el día anterior, no había dejado de llover. Abrí el paraguas y comencé a caminar.

Escuché bocinazos.

—¡Eh, eh! Subí.

Era Cloe. El jeep tenía puesta la capota.

—¿Cómo estás? ¿Feliz de ser mi novio? ¿Soñaste conmigo?

—¿No era que no tenías la capota?

—La encontré entre las frazadas. ¿Querés que la saque? ¿Te gusta más andar en un descapotable?

—No, dejala puesta. Estuve con Martina.

—¿Me mandó saludos cariñosos?

—Quiso seguir la joda. Pero te creo que no sos bióloga. Fui a la facultad y no te conocen.

—¿En serio preguntaste por mí?

—Sí.

—¿Y cómo sabés mi apellido? ¿Te lo dijo Martina?

—Me lo dijiste vos.

—¿Yo? En fin. Mejor, lo dejamos así. ¿Cómo que no me conocen si soy famosa? ¿Por quién preguntaste?

—Por Daniela Villaverde.

—¿Y esa quién es?

—Dijiste que te llamabas Daniela por Daniel Boone.

—No. Te digo en serio, te lo digo por tu bien, como tu novia que siempre te fue fiel, vos precisás terapia. Estás mal, mal.

—¿No me dijiste que eras Daniela Villaverde?

—Yo soy la doctora Cloe Germani. Y no me digas que hoy no te llamás Marcelo.

Un encuentro con Devi

La capo

Abrí los ojos. El sol se colaba entre las hojas.

Me había quedado dormido bajo un árbol.

Con algo de pereza, me puse de pie. Caminé unos metros y la vi.

Abrió los brazos de par en par y su cara se iluminó con una gran sonrisa. No la conocía.

—¿Todavía te dura el pedo? —dijo.

—No me emborraché —le dije, un poco sorprendido.

—¡Qué lindo lugar elegiste para despertarte!

—Para dormir querrás decir.

—Como vos quieras.

Era muy bonita. Usaba un pantalón y una campera de gimnasia, una remera blanca y zapatillas.

—¿Venís del campo de Peralta?

—¿Por?

—Me pareció que venías de ese lado. ¿Vos quién sos?

—Devi.

—¿Es un diminutivo?

—Devi es Devi.

—La primera con ese nombre que conozco. ¿Sos familiar de los Peralta?

—Ponele, así te quedás tranquilo.

Su cabello era rubio. Sus ojos, muy azules y brillaban alegres. Su cara hubiera sido el modelo perfecto para una santa pintada por un artista renacentista.

—¿Viniste de vacaciones al campo?

—¡Uy! Pablito, sos una máquina de preguntar.

—Sabés mi nombre. ¿Nos conocemos de alguna parte?

—Soy muy conocida. Muy famosa.

Todo el tiempo sonreía. Era muy simpática y, al mismo tiempo, me daba la impresión de estar medio loca.

—¿Sos actriz?

—¡Dejate de joder! Sos un rompe bolas. Meta preguntar.

—Tengo derecho a preguntar. Estás en el campo de mi abuelo. ¿Y si se me ocurriera echarte?

—¡Dale, tratá! A ver si podés.

Me hizo reír. Era increíblemente graciosa y seductora.

—¿Cuántos años tenés?

—Decí vos de cuántos parezco.

—Diecisiete, dieciocho.

Pareció ponerse más contenta de lo que estaba.

—¿Avisaste que venías para acá?—le pregunté.

Hizo un gesto con la mano abierta, subiéndola y bajándola, como si pesara algo.

—Qué rompe huevos que sos. No, no le avisé a nadie. Hago lo que quiero.

—Hasta donde tus viejos te dejan hacer.

—Nadie se mete conmigo.

—La capo mafia.

—La capo de todos los capos.

Todo el tiempo habíamos estado caminando.

—¿Estás en el secundario o ya terminaste?

—¡Me tenés podrida!

El arroyo

—Cuando caminás parecés una modelo desfilando.

—Encima me querés tomar el pelo.

—Es cierto. No caminás como las demás chicas.

—Mirá lo que vengo a averiguar.

—¿Qué deporte hacés?

Demoró unos segundos en entender.

—¡Ah, por la ropa! Siempre la uso para ir de un lado al otro. Es cómoda.

Sin duda que tenía su propio estilo en todo.

—¿Viajaste mucho?

—Y sí.

—¿Por turismo o por el trabajo de tu viejo?

—¡Qué plomo! Cortala con las preguntas.

Era muy entretenido estar con ella, aún cuando parecía estar enojada.

—¿Tenés novio?

—No se me da la gana.

Me hacía gracia cómo hablaba. Era espontánea. La verdad es que, también, era bastante rara.

—Todas las chicas quieren un novio, casarse, tener hijos.

—Cosa de ellas.

—¿Pensás quedarte soltera toda la vida?

—Hacé lo tuyo que yo hago lo mío. Vos vas a casarte con una de esas chicas que saben cocinar y que a los cuarenta se ponen gordas y culonas. Tus dos hijos ni bola te van a dar cuando llegués a viejo, panzón, canoso y medio pelado.

—¡Qué bien! Resulta que sos adivina. Ves el futuro.

—O el pasado.

Se puso a silbar una canción que no reconocí.

—Sos muy hermosa.

No era mi intención decirlo en voz alta pero se me escapó.

—Descubriste América. Me lo dicen todos.

—Si sos creyente, estás cometiendo el pecado de soberbia.

—Nací soberbia. Soy una diosa.

—Sí. Cuando naciste a tus viejos les pidieron autógrafos.

Soltó una carcajada. Su risa estaba llena de alegría.

—¿Nunca tuviste un novio?

—¡Dejame de romper las pelotas! No te aguanto más. Hacés una pregunta y, sin respirar, me largás otra.

—Preguntando se llega a Roma.

Llegamos al arroyo.

—Qué lindo el lugar que elegiste para traerme.

—No te traje. Caminamos y llegamos acá porque sí.

—Muy, muy lindo donde me trajiste —insistió.

El sauce

Me saqué las botas y metí los pies en el agua.

—Sacate las zapatillas y arremangate el pantalón.

—No quiero. Puede hacerme mal a las encías.

De nuevo me hizo reír. Tenía chispa.

Se acostó en el piso. Puso las manos bajo la nuca y se quedó en silencio mirando el cielo. Yo la miraba a ella.

En marzo, recibí mi diploma de ingeniero agrónomo. Mis padres estaban felices y mi hermano, cuatro años mayor a mí, a los veintinueve, había puesto su estudio de arquitectura y le iba muy bien. En julio, justo tres días antes que el hombre llegara a la luna, gané un importante torneo de ajedrez. Era un buen año para mí. De yapa, Devi. Jamás había conocido a una chica así. Era como si me hubieran hechizado y el hechizo me hiciera sentir la necesidad de estar siempre a su lado. ¿Apenas la conocía y ya estaba enamorado de ella?

—¿Tenés hermanos?

—Ya era demasiado cinco minutos sin preguntas.

—¿Viniste con tus viejos?

—¡Ahora sí que me hiciste calentar! ¡Sos insoportable! ¡Pará de preguntar, jetón!

Se levantó de golpe. Era muy ágil.

—Dale, sacá las patas del agua y vamos.

—Quiero quedarme.

—Voy hasta aquel sauce y vuelvo. Si no sacaste las patas y te levantaste, cuando vuelva te levanto a patadas en el culo.

Empezó a caminar hacia el sauce.

Las botas

Me quedé mirando el agua. No pensaba moverme. Quería ver qué hacía cuando regresara.

Siempre que estaba en el campo del abuelo, desde que era chico, pasaba horas en el arroyo. Este era el mejor lugar del mundo para mí.

Miré el agua. En la otra orilla, un tacuarita voló hacia la rama de un ceibo.

De repente, fue como si el flash de una máquina fotográfica se hubiera encendido a diez centímetros de mis ojos.

En medio de la luz, vi a un hombre viejo en una cama. Alguien lloraba a su lado.

Cerré con fuerza los ojos y volví a abrirlos. El agua del arroyo corría tranquila.

Me paré. Estaba aturdido. ¿Qué fue lo que había visto?

Devi caminaba hacia mí. Tenía una vara de sauce y tiraba bolitas al arroyo.

Al verme, dijo:

—¡Eh, boludo, qué cara! ¡Flor de cagazo te pegaste!

Sonreía. Sus cabellos flotaban con el viento.

—No pasa nada. Te despediste de unos huesos viejos y una carcasa arruinada.

No supe qué decir.

—Ponete las botas —dijo.

Le hice caso.

—Abrochate el botón de la camisa. El que está a la altura del ombligo. Arreglate bien.

Algo que me transmitía hizo que me sintiera tranquilo.

—Ahora, sí. ¡Mirá qué lindo estás!

—¿Para qué tengo que estar arreglado?

—¡Otra vez! Me tenés con las pelotas llenas de preguntar y preguntar. Pedazo de boludo, date cuenta que los que te esperan van a verte como estás ahora.

—¿Quiénes me esperan?

—Te metería una piña.

Me quedé quieto, mirándola. Su cabello brillaba bajo el sol.

—¿Vos sos...? —murmuré.

Su cara se iluminó con la sonrisa más bella que había visto.

Extendió su mano.

—Dale, vamos —dijo.

La tomé de la mano. Podía confiar en ella.

Estaba seguro que me llevaría a un buen sitio.